

15261

142

Valle Iberlucea

1944

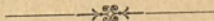
LAS CORTES DE CÁDIZ



LA REVOLUCIÓN DE ESPAÑA Y LA DEMOCRACIA DE AMÉRICA



Discurso pronunciado por el Dr. E. del Valle Iberlucea, en el Centro Republicano, el día 5 de Octubre de 1912, en la velada conmemorativa de las Cortes españolas de 1810.



BUENOS AIRES
MARTÍN GARCÍA, EDITOR
581-RIVADAVIA-581
1912



Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

TRABAJOS DEL AUTOR

- Derecho Político.** Valerio Abeledo, editor. Buenos Aires, 1901.
Derecho Procesal Internacional. Centro Jurídico y de Ciencias Sociales, editor. Buenos Aires, 1902.
Fundamentos Científicos del Divorcio. Archivos de Psiquiatría y Criminalología, editor. Buenos Aires, 1902.
La ley de residencia. Edición de la *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*. Buenos Aires, 1905.
Teoría materialista de la historia. Edición de la revista *El Libro*. Buenos Aires, 1906.
Industrialismo y Socialismo en la Argentina. Lotito y Barberis, editores. Buenos Aires, 1909.
Revista Socialista Internacional. Buenos Aires, 1908-9, 2 volúmenes.
Humanidad Nueva. Revista de sociología, arte y educación, 1910-11, 2 volúmenes.
La Iglesia y el Municipio. E. Malena, editor. Buenos Aires, 1910.
Los diputados de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz y el nuevo sistema de gobierno económico de América. Martín García, editor. Buenos Aires, 1912.

EN PRENSA

- Justicia y Trabajo.**
Legislación Internacional del Trabajo.

EN BREVE

- La independencia de América.**
I. Política americana de las Cortes de Cádiz. Ensayo histórico sobre la política reformista de España durante la insurrección de las colonias de América.
II. La Santa Alianza y la independencia de América.

EN PREPARACIÓN

- El colectivismo agrario en América.**
Capital y Salario. Al margen de Marx. (Notas y comentarios sobre *El Capital*).

ADVERTENCIA

Las Cortes de Cádiz

NOTABLE CONFERENCIA

En el Centro Republicano Español, dió anoche su anunciada conferencia con el tema que encabeza estas líneas, el Dr. Enrique del Valle Iberlucea.

El merecido prestigio de su nombre llevó al amplio salón un enorme público, en el que se destacaban muchas señoras y conocidos intelectuales españoles y argentinos

Después de breves palabras del presidente del Centro, Sr. Pujadas, levantóse el conferenciante, que fué recibido con estruendosos aplauso.

La labor realizada por el doctor del Valle Iberlucea es digna de los mayores elogios. Tras una extensa y admirable exposición de antecedentes históricos, describió, con abundancia de nombres y fechas, la gran obra de los constituyentes señalándola como base y principio de las libertades americanas.

Estudió detenidamente las tendencias que singularizaron á los representantes de América en aquella hirviente fusión de afectos patrióticos, terminando el orador con la afirmación de que España sabrá reanudar la gloriosa obra constitucional, interrumpida por el despotismo de la época subsiguiente.

El doctor del Valle Iberlucea, confirmó anoche sus brillantes cualidades tribunicias, arrancando constantes y atronadores aplausos.

(De **El Diario Español**, 6 de Octubre de 1912)

Las Cortes de Cádiz

La Revolución de España y la Democracia de América

Discurso pronunciado por el Dr. E. del Valle Iberlucea en el Centro Republicano, el día 15 de Octubre de 1912, en la velada conmemorativa de las Cortes españolas de 1810.

Versión taquigráfica del Sr. F. García Beltrán

Ciudadanos:

La conmemoración de un magno suceso histórico, de un glorioso acontecimiento político, congréganos en este recinto, bajo los auspicios de una institución democrática. El recuerdo es, en verdad, un acto de justicia: el recuerdo es, como la esperanza, un momento de la existencia inmortal de un pueblo, un eslabón de la cadena de la eternidad. La democracia de una nación progresista, el espíritu republicano de un pueblo moderno debe rendir, en un acto como éste, un homenaje en memoria de los hombres generosos, dotados de altas virtudes cívicas, que supieron sin vacilar un sólo instante, sacrificarse por la libertad y la independencia de su país. Los demócratas reu-

nidos en esta asamblea realizamos, por eso mismo, con toda sinceridad y entusiasmo cívico, un acto de verdadera justicia póstuma, acto que explica mi presencia en esta tribuna.

Ciudadano de una república, soñador de la justicia ideal, pero sin olvidar la realidad de la existencia material de los hombres, para contribuir en parte con mi escasa energía personal á su mejoramiento inmediato; soldado de un partido que sostiene en su programa amplias y profundas reformas, nobles y humanitarias, para regenerar por completo la vida de los individuos entregados al trabajo, de un partido que anhela una absoluta y radical transformación de las condiciones económicas y sociales de los pueblos; prosélito, en fin, de una religión de fraternidad universal, de los hombres y de las naciones, que ofrenda sólo ante el altar de la igualdad y la libertad, podía y debía ocupar esta tribuna para abrir desde ella las páginas de la historia y mostrar ante mis conciudadanos y hermanos de la democracia, ante los republicanos españoles y argentinos congregados en este recinto, el enérgico esfuerzo, insuperable é insuperado, de un pueblo viril que al mismo tiempo que defendía su independencia nacional, rompía las cadenas de una secular tiranía, de una abominable servidumbre..... (Grandes y prolongados aplausos).

¿Qué significa, ciudadanos, qué representa este acontecimiento político que conmemoramos esta noche con tanto entusiasmo cívico? ¿Significa por ventura la con-

sagración histórica de un régimen de gobierno, la legitimación póstuma de una dinastía ignominiosa? ¿Acaso representa la justificación histórica de un sistema político que repudió los grandes y gloriosos sucesos de 1810 y 1812, que empujó al pueblo hacia el pasado en vez de impulsarlo hacia el porvenir; que cerró las válvulas de escape de la maquinaria social para detener el progreso de una nación, para impedir que ésta cumpliese su destino manifiesto? De ninguna manera: ni en este acto, ni en otro alguno, los demócratas reunidos aquí, demócratas de Europa y de América, como ni seremos capaces de rendir tributo á una caduca y vieja monarquía. Conmemoramos en esta reunión un hecho eminentemente democrático, un acontecimiento republicano: celebramos el magno suceso de la redención de un pueblo, de una revolución grandiosa, sabiendo que el mejor recuerdo en honor de sus prohombres será tributado por los hijos de la democracia y que sólo ha podido presidir su conmemoración un monarca por un accidente político de la historia. (Aplausos).

En verdad, ciudadanos, las Cortes de Cadiz resolvieron en una de sus primeras sesiones, darse á sí mismas el tratamiento de Majestad. ¿Y qué importaba decreto semejante? Significaba que la nación española, por intermedio de los representantes de su conciencia colectiva, de la soberanía del pueblo, reconocía y afirmaba el principio de que una nación no es una dinastía. En el siglo pasado sostenían oradores eminentes, sostenía una escuela

de jurisprudencia el principio contrario, afirmando que la formación histórica de una nación ha surgido alrededor de una dinastía. Pero la historia contradice de un modo categórico y absoluto semejante afirmación doctrinaria, que es el producto teórico de inteligencias brillantes pero cristalizadas en el pasado, de espíritus superiores que supeditan la voluntad general al capricho individual y ansían un régimen político-social que dé el gobierno á los mejores para asegurar el orden público y la felicidad bien entendida del pueblo....!

Una nación es el resultado de un proceso histórico, pero este proceso no resulta de la voluntad de un príncipe ó de una serie de reyes. Es la obra de las generaciones pasadas que laboraron el presente, como las de ahora engendran el porvenir. El acontecimiento histórico que celebramos esta noche constituye la prueba acabada y manifiesta de que una nación no es una dinastía. La verdad histórica suministra la más eficaz refutación á ese principio doctrinario. Si Renan podría sostener que la nacionalidad francesa resultó del esfuerzo dinástico de los reyes merovingios, estaría profundamente equivocado si pretendiera que la nación española fué la obra de dos dinastías extranjeras, que ni siquiera podían tener el sentimiento de la patria, de la familia de los Hapsburgos y de la familia de los Borbones. (Aplausos).

En verdad, ciudadanos, en una ocasión solemne para el pueblo español, cuando éste veía amenazada su independencia, cuando parecía que, ocupado el territorio por

los ejércitos napoleónicos, estaba á punto de desaparecer de la organización política de Europa, la historia demostró que una nación podía ser un alma, pero jamás una dinastía: un pueblo demostró entonces, porque poseía energías poderosas é indomables, si bien en la apariencia gemía en la abyección, que vive por sí mismo, por acción de la voluntad colectiva, con prescindencia de estímulos artificiales — hay intereses dinásticos, pero no crean fuerzas vitales para una nación, — y fué tan grande la potencia de su vitalidad, que supo organizar la resistencia contra el invasor, solo y abandonado por los príncipes y los reyes, y en el triste momento en que éstos renunciaban á sus derechos en la corte imperial de Bayona, recoge del suelo la corona de los reyes de Castilla y de Aragón para ceñirla á las sienes de Fernando VII. (Grandes y prolongados aplausos).

El pueblo español, ciudadanos, había combatido también en otra ocasión, como luchó desde 1808 hasta 1814, para sostener una dinastía, defendió durante la cruenta guerra de sucesión los pretendidos derechos de Felipe á la corona de Carlos II, que reivindicaba para su engrandecimiento político el rey Luis XIV, un tirano de la misma catadura moral que Napoleón I. En ese instante solemne de su historia, que debió aprovechar para reconquistar las libertades perdidas al advenimiento de los reyes de la casa de Austria, el pueblo hispano olvidó la defensa de sus derechos para sostener los intereses de una nueva dinastía. Era que en ese momento histórico

no había recuperado todavía aquella fuerza de voluntad de que estuvo dotado en otra hora de su vida; estaba entonces privado de la conciencia precisa de sus destinos, que había perdido en la abyección de dos centurias de despotismo; dividido en dos grandes bandos, en dos irreconciliables partidos, sostenía uno las pretensiones del archiduque Carlos, otro los pretendidos títulos hereditarios del nieto de Luis XIV, olvidados uno y otro de salvar sus derechos, que por ser de la nación, están siempre por encima del interés de los príncipes y de la fortuna de las dinastías. (Aplausos). El pueblo hispano que derramó torrentes de sangre en la dolorosa y larga guerra de sucesión, no comprendía, ciudadanos, que, venciera una ú otra parte beligerante, sería nulo el beneficio para la nación y el provecho pura y simplemente para el conquistador de la corona de Carlos V.

Pero después del advenimiento de la dinastía de Borbón, prodúcese en España un cambio en las condiciones morales é intelectuales de la nación, empezando á manifestarse de nuevo esa conciencia que había estado como aletargada durante varios siglos. Desde entonces, y no por obra, ciertamente, de la monarquía, porque los reyes nunca han sido los defensores celosos y desinteresados del pueblo, sino por la influencia del espíritu del siglo, sino por la acción inmediata y directa del espíritu francés que habíase puesto en contacto con la nación española, comienza la regeneración del pueblo, que sigue el impulso dado por otros países de Europa. Desde entonces

y durante todo el transcurso del siglo XVIII, políticos y juristas, economistas y ministros, escritores y hombres de Estado, se preocupan de la reforma de la nación española, tanto en la península como en América, para devolverle la pujanza de otrora, para fomentar la riqueza material y desarrollar el comercio y la industria; para elevar el nivel material de la vida y el nivel moral del pueblo; para restablecer el imperio hispano, dándole la participación y el influjo que tuviera en otro tiempo sobre los destinos internacionales de la Europa.

Esta evolución de la nación hispana, lenta y gradual, intermitente á veces, constituye una verdadera incubación moral. Como todos los grandes acontecimientos de la historia, no puede producirse en un instante. La génesis y el desenvolvimiento de un nuevo estado social, de una honda transformación política, de una profunda modificación económica, aparte de factores primordiales que constituyen la estructura material de un pueblo, necesita un momento previo de preparación intelectual, que realizan por la enseñanza y la propaganda cotidiana los hombres entregados en cuerpo y alma á esa noble causa, formando la conciencia de un pueblo y dándole la aptitud para regir sus propios destinos. Sucedió ese hecho, de acuerdo con las condiciones de la época, en la nación española durante el siglo XVIII. En efecto, pudo notarse en esa época el despertar de la conciencia colectiva, especialmente durante el reinado de Carlos III. Estaba imbuido este monarca, al igual que otros de su

tiempo, de las ideas filosóficas, económicas y políticas que propagaron desde Francia los hombres de la Enciclopedia. Su gobierno realizó una serie de importantes reformas, inspiradas en las ideas de escritores españoles y extranjeros anteriores á su reinado ó contemporáneos suyos, de carácter social, económico, político, administrativo, en España y en América. El régimen colonial de la nación española sufrió entonces grandes modificaciones, que respondían á necesidades materiales de la vida del pueblo hispano, y el cual, por otra parte, no era sino el resultado de la evolución económica que estaba operándose desde mediados del siglo en el continente europeo.

El pueblo español aprovechó sólo en parte de la obra reformista realizada por la tendencia gubernamental innovadora, dadas las resistencias que encontraba en el medio ambiente. En el fondo, el reformismo no podía ser revolucionario, desde que era impuesto por la voluntad de los príncipes fieles á los principios del despotismo ilustrado. La conciencia popular no podía en el antiguo régimen manifestarse con entera libertad: el pueblo hispano necesitaba una ocasión propicia para manifestar el grado intenso de su conciencia y ponerse en marcha sobre los modernos carriles de la civilización. Ocurrió esto, ciudadanos, después de un período histórico en apariencia regresivo, durante el reinado de Carlos IV. En esta época, hallábase preparada la nación española para realizar una revolución radical en el orden económico,

como también en el orden político. Faltaba sólo la circunstancia ocasional para la manifestación de ese acto consciente y revolucionario, y se presentó con motivo de la invasión napoleónica.

En esa oportunidad, durante la guerra de la independencia nacional, el pueblo hispano defendió los intereses de la dinastía de Borbón, mantuvo los derechos de Fernando VII á la corona real en contra de las pretensiones de José Bonaparte, el usurpador de España, impuesto por su hermano el emperador de los franceses y reconocido únicamente por un pequeño número de españoles. Pero en esa ocasión el pueblo comprendió que había llegado el instante de convertir su pensamiento en acción; comprendió que en semejante momento histórico no debía combatir sólo por el derecho de una dinastía, porque al fin y al cabo los intereses dinásticos no eran los de la nación, única, verdadera y legítima soberana. Y durante la insurrección nacional de principios del siglo XIX, á diferencia de lo que hiciera durante la guerra de sucesión, á principios del siglo XVIII, la nación española quiso aprovechar la oportunidad para restaurar sus antiguas libertades, suprimidas primero por los monarcas de la dinastía austriaca, desconocidas después por los reyes de la raza de los Borbones.

Ciudadanos: Una distinguida escritora, víctima de la tiranía de Napoleón, porque hubo de vivir en el ostracismo durante el Imperio, dijo en cierta ocasión que en España lo nuevo era el despotismo y lo viejo la libertad.

La historia confirma la verdad de esta afirmación, puesto que en la Edad Media los diferentes reinos y pueblos de España, Castilla y Aragón, Valencia y Cataluña, Navarra y las provincias vascas, ejercieron el «self-government», el gobierno propio, de una manera semejante á la forma en que lo tuvo la nación inglesa desde la promulgación de la Carta Magna, á principios del siglo XIII. El régimen representativo existió allí y tuvo gran vitalidad hasta que comienza el proceso de la centralización política, paralelo al proceso del absolutismo real.

Un monarca español nacido en tierra extraña, en Flandes, inicia la obra nefasta de aniquilar las libertades de España. Carlos I pisotea los derechos de sus pueblos, menosprecia á los procuradores de las ciudades, desconoce las atribuciones de las Cortes de Castilla, impone, contrariando las leyes, funcionarios flamencos, que no tenían otro mérito que ser compatriotas suyos y prestarse á un ciego servilismo reñido con la altivez castellana. El despótico monarca provoca así la guerra civil de las Comunidades, de funestos resultados para el reino: las libertades de los municipios, los derechos de las Cortes, el gobierno libre y representativo de Castilla perecieron en Villalar y de ellos quedó sólo un recuerdo, junto con la memoria de Padilla, primer mártir de la democracia española. (Aplausos). Pero el régimen representativo quedaba todavía en España, subsistía después de la muerte del monje de Yuste, en Aragón. Otro monarca de la casa de Austria debía suprimirlo, fiel á los principios

de la política real, al sistema de la política paterna. Durante el gobierno de Felipe II, á quien llamaron los ingleses el Demonio del Mediodía, consumóse infuente atentado contra las libertades de Aragón. El hijo llevaba la sangre tiránica del padre y no vaciló en cumplir desde el gabinete del Escorial,—que él mandó construir dándole la dureza y la frialdad de su alma, sin piedad para nadie, ni para el subdito infiel, ni para el español hereje, ni para el enemigo protestante, ni para el hijo propio, carne de su carne y sangre de su sangre,—el testamento político de Carlos V al abdicar las coronas de Aragón y de Castilla, que le imponía el exterminio de las libertades de la nación española. Y Felipe II, en memoria del Emperador, llevó al cadalso las viejas libertades aragonesas en la persona del Justicia Mayor, don Juan de Lanuza, otra de las víctimas de la democracia española inmolada por el despotismo real. ¡Ah, ciudadanos! ¡Bien podría repetir la democracia española, para aplicarla á sus monarcas, la frase pronunciada por Grégoire desde la tribuna de la Convención: «La historia de los reyes es el martirologio de las naciones»! (Grandes y prolongados aplausos).

Empero, ciudadanos, el espíritu de una raza, la libertad de un pueblo no puede morir. Un monarca ó una dinastía podrá destruir, aniquilar, arrasar las instituciones libres de una nación; pero la libertad renace siempre porque es inmortal, retoña y vive en el alma del pueblo. (Aplausos). Y la esencia pura é inmortal de la democracia

hispana, que había caído en los campos de Villalar ó perecido á manos del verdugo de Aragón, siguió viviendo en el alma de la raza, en el seno profundo de la nación y en la mente y en el corazón de sus hijos predilectos. ¡En vano el absolutismo real imponía á sangre y fuego la unidad política y la unidad religiosa, pues espíritus selectos de la nación hispana afrontaban el destierro y el quemadero! ¡La ciencia española buscará un refugio en el ostracismo y alzará cátedras de renombre universal en las universidades de Europa! ¡Y los apóstoles de la libertad de conciencia sabrán morir en las hogueras, encendidas por los reyes y la inquisición, unidos el trono y la tiara en su obra infamante de intolerancia religiosa!

Hay, ciudadanos, algo así como un eco lejano y doliente de la pérdida de las libertades de la nación española, en el libro inmortal de uno de sus hijos más insignes. Recuerdo que un biógrafo del ilustre autor de la «Historia de la Revolución inglesa», escribía, refiriéndose á la popularidad de éste, que entre los ingleses de Australia, aislados en la soledad de los campos, se encontraban haciéndoles compañía, tres obras principales: los dramas de Shakespeare, la Biblia, Macaulay. De los norteamericanos, dice Pressensé que tienen el culto de tres grandes monumentos de la inteligencia humana: la Biblia, como sus antepasados puritanos, la Constitución y la doctrina de Monroe. Yo creo que todo hombre que cultiva su espíritu con las letras, tiene una trilogía de libros: por mi parte, ciudadanos, confieso que la tengo. Es uno.

el «Ingenioso Hidalgo», pero confieso también que entre ellos no figuran las Sagradas Escrituras. (Risas y grandes aplausos). Pues bien, en la obra inmortal de Cervantes encontramos el eco postrimero de la libertad española, que ya en su tiempo había perecido: «La libertad, Sancho — dícele á su escudero el hidalgo manchego, — es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres»». (Grandes y prolongados aplausos).

Ciudadanos: Este sentimiento de la libertad que parecía haberse extinguido para siempre del corazón hispano, pero que en realidad permanecía sólo aletargado, resurge por obra del espíritu del siglo XVIII, de la influencia magna de los enciclopedistas, á principios del siglo XIX; de manera que la invasión napoleónica no fué sino el motivo determinante de su manifestación exterior. Los hombres de la revolución española que dirigían el movimiento de la independencia, comprendían que no bastaba en esa ocasión con mantener los derechos dinásticos de los reyes, con oponerse á las pretensiones del usurpador: creyeron menester, ante todo, restaurar, sobre todo, el gobierno representativo de Castilla y Aragón, desconocido y destruido por los monarcas de la dinastía de Austria y de la familia de Borbón.

Sobreviene el despertar de la conciencia española para sentir de nuevo la libertad, al siguiente día del glorioso «Dos de Mayo», de la insurrección del pueblo de Madrid, que trató de impedir la salida de los últimos miembros de la familia real, prestos á cumplir las órdenes de Napoleón, dominador de reyes. En vano el pueblo espontánea y valientemente derramó ese día su sangre generosa para sostener los derechos de la dinastía de Borbón, porque los reyes congregados en Bayona, atentos sólo al sórdido interés ó embargados por el temor, olvidaban la existencia de «su pueblo». Pero el movimiento primo de la nación, consciente y libre después del primer levantamiento, es el punto de partida de la revolución, de la regeneración de España. El pueblo en estado de insurrección general, organiza la resistencia contra el invasor; levantado en masa, como en otrora la nación francesa para defender las conquistas de la Revolución contra la Europa coaligada, procura rechazar al invasor y, al propio tiempo, restablecer la libertad de España, suprimiendo el régimen feudal de la sociedad y el gobierno despótico y absoluto de sus reyes.

Fué ésta, ciudadanos, la obra realizada por las Cortes generales y extraordinarias reunidas en la Isla de León el año de 1810. Desde el período transcurrido del 24 de Septiembre de este año hasta 1813, las Constituyentes de Cádiz consumaron una extraordinaria labor, verdaderamente asombrosa. Estuvieron inspiradas por un gran-

dioso ideal, por un noble propósito: la salvación de la independencia y la regeneración política y social del país. En la ejecución de esta obra, en la consumación de semejante propósito no desmayaron un solo momento, no obstante estar sitiada la ciudad por los ejércitos de Napoleón, numerosos y aguerridos. Los procuradores de las Cortes, que celebraron sus sesiones en la Isla de León, y en la ciudad gaditana, no olvidaron esfuerzo ni medida alguna en favor de la integridad territorial, de la defensa heroica de la independencia nacional y para establecer un régimen representativo de gobierno que asegurara los derechos del pueblo y restaurara la Constitución hispana.

Fué entonces, durante ese breve período de la historia, que tuvo lugar en España una completa y radical revolución realizada en un sentido democrático, profundamente republicano. Yo afirmo, ciudadanos, que el Congreso constituyente de 1810, expresión genuina de la conciencia y la voluntad de la nación hispana, á pesar de haber mantenido por respeto á la tradición la forma de gobierno monárquica, tuvo en su esencia un carácter republicano, porque en representación del pueblo gobernó á la nación con independencia de Fernando VII, cortesano más bien que prisionero de Napoleón. (Aplausos). Consérvó, es cierto, los derechos de este soberano á la Corona, que no supo ó no quiso defender en Bayona, pero si mantuvo los derechos de Fernando VII, siniestro personaje, marcado por la naturaleza con estigmas de de-

generación moral y física, defendió sobre todo los intereses vitales y liberales del país é interpretó legítimamente los anhelos y las grandes aspiraciones de la nación española.

Teniendo que crearlo todo, porque el despotismo todo lo había destruído, que forjar una España nueva, las Cortes debían ocuparse de la reorganización del ejército, pues el vergonzoso gobierno de Carlos IV, especialmente en sus postrimerías, lo había dejado en un desquicio casi completo. Era indispensable mantener el fuego sagrado del pueblo, que resistía con heroísmo inaudito al invasor, para la salvación de la independencia; pero era indispensable también despertar su conciencia, enseñarle sus deberes, indicarle la norma de su conducta, señalarle los caminos de la democracia, y las Cortes supieron hacerlo, dando un ejemplo de moral cívica digno del entusiasta elogio del historiador. En verdad, ciudadanos, en el recinto memorable del teatro de la Isla ó del templo de San Felipe, no faltaron diputados que proclamaron la necesidad absoluta, anterior á cualquier otra, de salvar la libertad de los españoles. Un diputado, ciudadanos, que por cierto no pertenecía al partido de la democracia, llegó á pronunciar en el seno de las Cortes estas graves y profundas palabras: «Como el pueblo llegue á persuadirse de estas verdades, vengán todos los franceses, “pues primero es ser libre que ser español”. El nombre sea cualquiera, más la libertad, la independencia, esto es lo único que debe apetecer».

Ciudadanos: Las Cortes de Cádiz entienden que para librar al país de los grandes y considerables abusos del poder arbitrario, es necesario preparar el advenimiento de un nuevo régimen, del sistema político de la libertad. Comprenden que para conseguirlo es indispensable destruir la organización feudal, que existía aún entonces en España, como en otros países de Europa. De ahí que por esa razón las Cortes de 1810 se preocupen de la enajenación de bienes concejiles, de extinguir los señoríos en la península y los tributos de los indios en América, pues los diputados de la inmortal Constituyente tenían puesta su atención en España y en las provincias de ultramar; querían realizar el sistema de la democracia en unos y otros dominios, en los de aquende y allende los mares y pretendían obtener un acercamiento cordial, establecer estrechos lazos, vínculos fraternales de solidaridad y de unión entre las provincias de uno y otro hemisferio, entre pueblos que pertenecían á un mismo imperio.

Conviene que insistamos un momento sobre este punto, porque tiene suma importancia para la historia de la independencia de América. Desde los primeros instantes de la guerra de la independencia española, el gobierno de la Junta Central formado en las provincias peninsulares fué considerado como legítimo y reconocido por los pueblos de las provincias de América. Estos ayudaron con recursos pecuniarios á sus hermanos de España para el sostenimiento de la guerra de la independencia. En compensación el gobierno central de la península concibió la

idea de modificar la constitución política de la monarquía para establecer la igualdad de derechos de los pueblos de España y de América. Significaba esto dar un paso avanzadísimo de política colonial, que no había sido dado todavía por ninguna nación europea. Habría Inglaterra durante el siglo XIX de implantar un nuevo sistema colonial, aprovechando la lección que recibiera al separarse de su dominio las colonias de los Estados Unidos; pero hasta el año de 1810, repito, ningún país europeo, ni siquiera la nación inglesa, había iniciado una nueva política respecto de sus colonias.

Ciudadanos: Es 1810, año de gracia para la América y para España, porque en la primera se inician los movimientos de la emancipación y en la segunda se completa el movimiento de la independencia nacional con la revolución política. La soberanía nacional, representada por las Cortes Constituyentes, sancionó la obra que el año anterior había iniciado la Junta Central. El día 22 de Enero de 1809, en efecto, ese gobierno había declarado de una manera solemne ante la faz del mundo, en momentos en que la nación española combatía contra el despotismo de Napoleón, que los dominios de uno y otro hemisferio formaban parte integrante de la monarquía y que, de consiguiente, los habitantes de unas y otras provincias eran absolutamente iguales en derechos. Esta profunda modificación de la constitución política del imperio hispano revela el intenso espíritu revolucionario de España en momentos en que toda la Europa yacía sub-

yugada bajo el dominio del emperador de los franceses. El decreto de la Junta Central sancionado después por la convención democrática de la nación española, revisite una importancia trascendental, que hubiera sido mayor á no haberse producido en 1810 un acontecimiento político extraordinario en las colonias españolas de América.

La reforma había llegado tarde, pues la conciencia liberal exteriorizada en la nación hispana existía también en el alma española de América, manifestándose en el sentido de la libertad y la independencia. En verdad, como lo dijera en forma enérgica un diputado de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz, donde representaba al virreinato del Río de la Plata, en América había tanta ilustración como en España. El pueblo hispano-americano de 1810 estaba capacitado para realizar una obra revolucionaria, del mismo modo que estaba capacitado para consumarla el pueblo español de 1808. Esta circunstancia explica la divergencia de ambos movimientos revolucionarios, inspirados, sin embargo, en las mismas fuentes democráticas, tendiente el uno á mantener la independencia política de una nación y el otro á proclamar la de nuevas naciones; tendiente el uno á establecer en el continente europeo el régimen constitucional, y el otro en el continente americano el sistema republicano; expresiones los dos de la soberanía popular. (Aplausos).

Yo no creo, ciudadanos, de ninguna manera, al contrario de lo que pensaba el autor de la célebre «Carta de un americano», que la restauración del gobierno pro-

pio, del régimen representativo en España y su aplicación en las provincias americanas, fuera la obra de intereses mezquinos. El «americano» decía en aquel documento histórico, que como las colonias se escapaban de las manos de la madre patria, ésta, con el pretexto de que sus libertades no habían sido holladas por la voluntad de la nación, sino por el despotismo de los reyes, declaraba que devolvíales sus libertades, al mismo tiempo que recobraba las propias, para que los pueblos ejercieran sus derechos! La pasión política justificaba en aquella época las palabras del criollo, que anhelaba la independencia de su país; pero nosotros debemos juzgar los sucesos históricos sin apasionamientos, sobre todo después de un siglo de ocurridos. Juzgando, pues, los acontecimientos con entera serenidad y con pleno conocimiento de sus orígenes y desarrollo, podemos decir que era inexacta la afirmación hecha en la «Carta de un americano»; podemos afirmar que la declaración de la Junta Central primero, y la confirmación posterior del Congreso soberano de 1810, no fueron el resultado de móviles egoistas, de mezquinos intereses (el español no es precisamente un carácter intersado), sino de la maduración de la democracia hispana, de un nuevo espíritu de la nación, de grandes ideales políticos incubados de hacía largo tiempo en la conciencia española, que en su expansión generosa y universal, aspiraba á derrumbar el viejo régimen del despotismo para constituir sobre sus ruinas un régimen de

justicia, de libertad, de igualdad, de fraternidad para los pueblos de España y de América. (Prolongados aplausos).

¡Sí, ciudadanos! Yo he tenido ocasión de recoger mi espíritu durante algún tiempo para estudiar los grandes hechos de la revolución española; he procurado engolfar mi inteligencia en los debates de las Cortes de Cadiz y presentar en síntesis la labor, el genio, la audacia, el valor cívico de sus diputados, para honrar en esta forma su memoria; he intentado reconcentrarme por completo, recogerme dentro de mí mismo, prescindir de la realidad actual, para observar con imparcialidad el pasado histórico, para analizar los acontecimientos políticos sucedidos en España desde 1808, en América desde 1810, hasta la restauración del gobierno absoluto en 1814; y así, ciudadanos, dominada por la serenidad de la historia, pero también sacudida mi alma por un sentimiento de justicia póstuma, en presencia y en convivencia mi espíritu con los grandes héroes cívicos de la nación hispana, algunos de ellos dignos varones de Plutarco, caracteres morales de excelsa virtud; al rememorar los magníficos debates de las Cortes Constituyentes, en que fueron actores y los cuales revelaron la notable ilustración y la vasta preparación de los procuradores para el gobierno propio, cálidos de vehemente elocuencia y llenos de honda penetración política sus discursos, sobrios ó ciceronianos, según el temperamento, de co-

recto estilo ó de forma desaliñada, según la escuela, pero claros siempre, impetuosos contra los resabios de la tradición; ante los magistrales debates, coloreados de soberbia grandilocuencia y llenos de vida, que tuvieron lugar en medio de amenazas y de peligros, imperturbable el ánimo de los constituyentes, sitiados como estaban por el ejército napoleónico, he podido formarme un juicio sincero é imparcial respecto de la obra de unos hombres ilustres, que supieron defender la independencia de su patria, restaurar el gobierno libre, proclamar los derechos del hombre y establecer la igualdad jurídica como base y fundamento de las relaciones políticas entre las provincias de España y los pueblos de América. (Grandes y repetidos aplausos interrumpen por algunos instantes al orador).

¡Si, ciudadanos! Yo pertenezco á una comunión internacional que prescinde en absoluto del sentimiento de la nacionalidad para juzgar del mérito y las virtudes, de los vicios y las debilidades de un pueblo. (Aplausos). Y por eso mismo puedo afirmar en este instante que cuando puse mi alma en contacto con el espíritu de los varones ilustres de 1810, que cuando estudié el problema hispano-americano en ese tumultuoso período de la historia universal, pude formarme sobre él y sobre la revolución española una opinión por completo imparcial y serena. Entonces, ciudadanos, puedo afirmar con entera franqueza que los demócratas hispanos pen-

saron al promulgar el decreto igualitario, en restablecer y afirmar el gobierno libre, el sistema representativo, el régimen de la soberanía nacional en España y en extenderlo sin diferencias ni limitaciones á los dominios de ultramar, hasta las provincias de América, hasta los remotos pueblos de Asia! (Grandes y prolongados aplausos).

Quien leyera, ciudadanos, un libro magnífico, escrito por un demócrata que vivió en el destierro durante largos años, perseguido por la saña maldita de Fernando VII; quien leyera el «Examen imparcial de las diferencias de la América con la España y los medios de su reconciliación», escrito por Florez Estrada, podría formarse un juicio, igualmente que el mío, en absoluto imparcial y sereno. Pues bien, ciudadanos, Florez Estrada, como otro demócrata español que también vivió en el destierro, Blanco White, hermano gemelo de su espíritu, sostenía en España, sostenía en Cadiz la necesidad de modificar radicalmente el sistema de las relaciones económicas y políticas entre españoles de la península y españoles de América y concluir con las diferencias entre unos y otros, que habían sido lógico corolario del regimen despótico de los reyes, para establecer los vínculos de la nacionalidad hispana sobre las bases de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad y hacer así posible de nuevo la grandeza moral y material del imperio español. (Aplausos).

Y bien, ciudadanos, este eminente escritor, que era

también un ilustre economista y un ardiente demócrata, diputado radical en las Cortes de 1820 que restablecieron en España la Constitución de 1812, sancionada por las Cortes de Cadiz, inspirado como estaba en nobles ideales sociales y políticos (era un eximio representante del colectivismo agrario), sostenía idénticas doctrinas que las formuladas por los hombres que en América hicieron la revolución de la independencia. Había la Junta Central resuelto, según dije antes, que en la monarquía existiera igualdad de derechos entre españoles y americanos; pero en el momento de hacerla efectiva, la Junta Central acordó que concurriesen á su formación representantes de América, á razón de dos por cada virreinato. Esto era, en verdad, establecer en la práctica un principio de desigualdad, porque era mayor el número de representantes de las provincias españolas. Y cuando llegó el instante de reunir las Cortes generales y extraordinarias, que el primer gobierno general de la revolución española había resuelto convocar por decreto de 22 de Mayo de 1810, el Consejo de Regencia, que siguió en cuanto pudo una política nacional y colonial distinta á la del anterior gobierno, acordó una representación supletoria á las provincias españolas de América.

Ahora bien, los hombres del antiguo régimen, pretendían detener el movimiento de la revolución hispana y, de consiguiente, debían declarar la guerra al sistema de la igualdad en general, y, en particular, cuando se intentase aplicarla á las provincias de América. En cuanto

á la representación supletoria de ésta, entendían aquellos hombres que el Consejo de Regencia podía acordarla legítimamente, en virtud de que el soberano, como señor de sus súbditos y en la imposibilidad por parte de éstos de elegirlos, tenía el derecho de nombrarles sus representantes. De ahí, ciudadanos, á causa de imponer una representación supletoria á dichas provincias, sin proporción al número de sus habitantes, las dificultades que sobrevinieron después para la reconciliación de españoles y americanos; del antagonismo entre ese principio, hecho suyo por el partido peninsular de la reacción, y el principio de la representación proporcional y directa, proclamado por los verdaderos demócratas españoles é hispano-americanos, surgieron en parte las radicales disensiones de la América con la España. Y fué, ciudadanos, el espíritu clarovidente de Florez Estrada, — que si seguía el pasado en cuanto á la organización de la propiedad territorial (en España había una tradición agraria colectivista), sosteniendo que para reformar las condiciones materiales de la vida, era indispensable la socialización de la propiedad de la tierra (debemos considerarlo como un precursor de Henry George y otros reformadores sociales), en cuanto á la organización política de la nación española contemplaba el porvenir, siendo el apóstol de una avanzada democracia, — fué ese espíritu clarovidente, decía, quien dándose exacta cuenta de la injusticia y de las perturbaciones que semejante princi-

pio de desigualdad crearía en las relaciones de España y América, sostenía una política de equidad, coincidente con el interés nacional, en el sentido de que las provincias de ultramar tuvieran en el Congreso Constituyente igual representación que las españolas de la península.

Una revolución, ciudadanos, no podía realizarse en España sin encontrar grandes resistencias. En circunstancias anormales para la vida de un pueblo, no podía consumarse una revolución sin grandes inconvenientes. La situación del reformador que formula los principios de una revolución desde su gabinete de trabajo, es bien distinta de la situación de los hombres que deben llevarla á cabo, puestos en contacto con el pueblo, desconfiado é inconstante á veces, empero dispuesto al heroísmo de la libertad cuando posee la conciencia de sus destinos; sujetos, de consiguiente, á impulsos que pueden contrariar sus vistas políticas, especialmente cuando hay partidos enemigos de la libertad. En estas condiciones se hallaban los hombres de la revolución española. Tenían á su frente un partido poderoso de oposición, compuesto por hombres que miraban siempre hacia el pasado, reaccionarios y tradicionalistas que pretendían mantener la nacionalidad española en los férreos moldes del antiguo régimen. Además, ciudadanos, el partido de los innovadores, de las reformas, debía concentrar las energías físicas y morales de la nación para salvar la independencia del país, amenazada cada vez más por el tirano de Córcega.

Explican estas circunstancias la conducta de los constituyentes de Cádiz, que rechazaron una proposición presentada para dar completa igualdad de representación con las provincias de España á los pueblos de América en las mismas Cortes extraordinarias. Sin embargo, volvieron poco después sobre sus pasos y al sancionar en 1812 la Carta fundamental de la monarquía, consagraron el justo principio de la igualdad de representación. Las provincias ultramarinas de América y de Asia debían, con arreglo á este principio, elegir sus diputados á las Cortes ordinarias, á reunirse después de la Constituyente, puesto que el 19 de Abril de 1812 se promulgó la Constitución democrática de la nación hispana.

Ciudadanos: De acuerdo con las resoluciones de los gobiernos revolucionarios de España, las provincias de América enviaron diputados, propietarios ó suplentes, á las Cortes generales y extraordinarias reunidas en la Isla de León. Al inaugurarse sus sesiones el 24 de Septiembre de 1810, tomaron asiento en los escaños los representantes de los pueblos de América, incluso los de las provincias del Río de la Plata, si bien eran suplentes en su totalidad, elegidos por los americanos residentes en la península, después de una disimulada pero sostenida oposición del Consejo de Regencia, último baluarte del antiguo despotismo, según dijera el divino Argüelles, patriarca de la democracia española.

La casi totalidad de los diputados americanos estaban animados por los nuevos ideales, imbuidos de las

doctrinas de Rousseau y de Montesquieu, de las teorías de los enciclopedistas, de las ideas de los revolucionarios franceses de 1789. Los demócratas españoles coparticipaban de estas ideas y profesaban el nuevo evangelio, la nueva fe del gobierno libre, de la soberanía del pueblo. De ahí que unos y otros diputados trabajaran en el recinto de las Cortes de una manera conjunta para establecer en la monarquía el regimen liberal, representativo, democrático, que de hecho resultó un sistema republicano. Pero los diputados de América trabajaron también, combatieron ardientemente por la elevación material y política de sus países, llegando algunos á soñar, á pensar en su independencia nacional. Hicieron una gran campaña en favor de su patria durante los debates promovidos con motivo de las proposiciones sobre América, que presentaron en las primeras sesiones de las Cortes. En este punto, los diputados americanos estaban en pugna con la mayoría de los demócratas españoles, pues los primeros comprendían que había llegado el momento fatal en el desenvolvimiento de las instituciones libres, de que los pueblos de América conquistaran su independencia nacional al par que el gobierno de la democracia, en tanto que los segundos comprendían que de haberse reconocido ese derecho, la separación, que de hecho existía entre la metrópoli y las colonias, los elementos todos de la reacción se habrían confabulado para destruir la obra de la democracia, de la revolución española.

Pero hagamos, ciudadanos, la justicia de reconocer

que la democracia hispana, seis años después de restablecido el sistema absolutista, afianza la obra de la democracia de América. Al producirse la revolución de 1820, que restaurara el régimen constitucional en España, el monarca desleal é injusto, sanguinario y perjuro, preparaba una expedición militar destinada á sofocar los movimientos revolucionarios de América. El fatídico Fernando VII, que destruyó el sistema político creado por las Cortes de Cádiz, declaró la guerra al progreso y la libertad, restableció el tribunal de la Inquisición, cerró la Universidad y fundó la Escuela de Tauromaquia; contaba con el concurso de los reyes de la Santa Alianza, con la fuerza de la unión del Trono y del Altar, para someter las colonias españolas de América, alzadas contra su soberano y acusadas de rebeldes por los diplomáticos de los gobiernos absolutos; y fué, ciudadanos, la democracia hispana la que impidió el envío de la expedición por el despotismo español, levantando el ejército en las Cabezas de San Juan para que conquistara la libertad de la península y proclamara la Constitución de 1812. Puede decirse ,ciudadanos, que la revolución española de 1820 contribuyó á salvar la independencia de América, amenazada por los tiranos de la Europa, como la revolución democrática de 1810 dió impulso á los movimientos que estallan en este continente en esa época y se extienden cual un reguero de pólvora, cual un reguero de ideas, desde el Plata hasta el Orinoco. (Aplausos). Y en las Cortes del segundo pe-

ríodo constitucional, ciudadanos, se presenta y discute un proyecto de reconocimiento de la independencia de las repúblicas hispano-americanas, y el gobierno liberal de la segunda revolución inicia gestiones diplomáticas con los gobiernos de los pueblos hermanos de América para llegar á la reconciliación de americanos y españoles sobre la base de la libertad y de la fraternidad, anheloso de cumplir el programa de Florez Estrada. Entre tanto, ciudadanos, preparaba Fernando VII una nueva infidencia, una nueva traición, porque los mónstruos de la historia de la estirpe de Cómodo ó Tiberio, de Nerón ó Caracalla nunca abandonan la guarida de las bestias feroces, la caverna sangrienta del despotismo. (Grandes y prolongados aplausos). Entre tanto, ciudadanos, ese mónstruo abominable de la naturaleza se confabulaba con los soberanos de la Santa Alianza para que un ejército extranjero destruyera en España el sistema constitucional é impusiera de nuevo el sistema absolutista, para que prestáranle su cooperación material á fin de restablecer su soberanía personal en las colonias de América. En 1823, ciudadanos, los cien mil soldados de Angulema consuman un acto ignominioso: el crimen de aniquilar la libertad de una nación; pero si los reyes de Francia y de Rusia, de Austria y de Prusia, mancomunados para mantener á los pueblos en la servidumbre, consiguieron realizar su plan en España, reponiendo en el trono absoluto á su hermano de infamia y de realeza, en cambio no pudieron cometer igual atentado contra la libertad y la

independencia de América, porque dos naciones libres y progresistas, la república de los Estados Unidos é Inglaterra, patria del gobierno representativo, proclamaron el principio de derecho internacional de no intervención, colocándose frente al principio antijurídico de la legitimidad, que invocaban las naciones absolutistas para imponer la esclavitud á los pueblos, y salvaron así la soberanía, la independencia, la libertad, la democracia y la civilización progresiva en el Nuevo Mundo. (Grandes y repetidos aplausos).

Decía, ciudadanos, refiriéndome á los representantes de América en las Cortes de Cádiz, que estaban guiados por las mismas ideas y sentimientos que los ilustres demócratas de la España nueva. Concurrieron, en verdad, á la ejecución de un verdadero y profundo movimiento revolucionario en la nación hispana. Sería imposible engolfarnos ahora en las discusiones del Congreso gaditano suscitadas con motivo de la sanción de la Constitución y de las reformas de ultramar, para ensalzar la obra de unos y otros diputados. Sólo tengo tiempo para trazar con algunas pinceladas el cuadro de la revolución española, presentándoos en síntesis la obra de ilustres paladines de la libertad, de insignes varones de la democracia.

Ciudadanos: Hubo en los anales parlamentarios de la revolución hispana un notable episodio, que revela el temple de los diputados demócratas. Fué un representante americano, quien provocó una verdadera tempestad en

el recinto de las Cortes, al discutirse un proyecto de arreglo provisorio de provincias, que debía aplicarse en la península solamente. Este representante, dotado de maravillosa elocuencia, á quien por eso llamáronle por antonomasia el Mirabeau de América, era uno de los jefes del partido liberal y defendió con brillo y energía las proposiciones presentadas por la diputación americana para cortar de raíz los abusos del sistema colonial de España. Había nacido Mejía en Quito y á su imaginación tropical y fácil palabra, unía pasmosa actividad y una energía de carácter presta á toda prueba. Demostró un coraje cívico extraordinario en el seno de las Cortes, no sólo para defender los ideales que él encarnaba, de la democracia hispana, sino también una política reformista y radical que renovara la vida de los pueblos de América.

Al discutirse en una sesión de las Cortes el susodicho proyecto, tomó la palabra el diputado quiteño y dijo: «esta y cualquiera otra comisión y arreglo permanente ó interino, donde suene la palabra «España», en donde no tenga parte la América para participar del daño ó del beneficio, no es eso lo que el remedio exige; porque si se trata de vejaciones, tantas hay allá como aquí; y si las provincias españolas tienen derecho á quejarse, los americanos tienen derecho á lo mismo; por lo cual pido que sea general el arreglo para la monarquía española, puesto que para ello nos hemos juntado todos, americanos y españoles». Y luego, refiriéndose á que algunos sos-

tenían que debía desecharse la idea de revolución expresada por ciertos elementos, alza vibrante su voz de representante del pueblo y exclama: «Señor, yo siento, no el que haya de haber revolución, sino el que no la haya habido. Las palabras «revolución, filosofía, libertad é independencia», son de un mismo carácter; palabras que los que no las conocen las miran como aves de mal agüero; pero los que tienen ojos, juzgan; yo, juzgando, digo que es un dolor que no haya en España revolución. La revolución se reduce...»... El Diario de Sesiones, ciudadanos, dice que el diputado de Santa Fe, quiso definir la revolución; pero «hubo desorden y se sentó». La democracia de América pregonó, pues, en el recinto de las Cortes el verbo de la revolución liberal, por la cual sólo podía purificarse el pueblo y alimentarse el fuego de su ideal, por la cual sólo podía ocurrir el milagro de la resurrección del alma de la nación española. (Grandes aplausos).

Las palabras del eminente tribuno americano podría ahora repetir las el pueblo hispano de América, que debe continuar la tradición de las revoluciones de 1810; podría repetir las la nación española, que al renovar profundamente su pensamiento desea también producir una radical transformación en las condiciones económicas de la vida del pueblo, en las condiciones políticas del país, mejorando al proletariado, nervio de la democracia, y realizando el movimiento revolucionario que concluya con la vieja y caduca monarquía para constituir

la república, que es ó debe ser la suprema aspiración de la nacionalidad española. (Grandes y repetidos aplausos).

Coincidió, ciudadanos, el pensamiento de los demócratas peninsulares y el pensamiento de los demócratas americanos en debates memorables de las Cortes de Cádiz, de manera que las palabras elocuentes de Argüelles, inspirador de los primeros, y las cálidas y vehementes de Mejía, «leader» de los segundos, defendieron una misma causa, la causa de la revolución y de la libertad. Y unos y otros diputados expresaron al unísono que la existencia del absolutismo en el imperio hispano resultó de la ignorancia en que los pueblos habían vivido, subyugados en la abyección por el despotismo de los monarcas de Austria y de Borbón. Oigamos, ciudadanos, á este respecto, á un diputado de América, á un representante de Buenos Aires. Quiero referirme á López Lisperguer, cuya actuación he tenido ocasión de estudiar en mi reciente libro sobre «Los diputados de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz y el nuevo sistema de gobierno económico de América». Al discutirse la primera proposición de los diputados americanos sobre la reforma del régimen colonial de España, toma parte en la discusión López Liperguer, y entonces este hombre de América, dotado de un espíritu jurídico grande y de profunda visión revolucionaria, que estaba afiliado al partido de los innovadores, vale decir, al partido de la revolución, sostiene que es indispensable declarar la igualdad com-

pleta de los habitantes de uno y otro hemisferio del imperio español; y sostiene, además, ciudadanos, que la igualdad debiera existir fueran los habitantes de América españoles, criollos, indios, negros ó mestizos. Y cuando, defendiendo esta proposición, que habían presentado conjuntamente los diputados de ultramar, toma la palabra, persuasiva y elocuente, el representante de Buenos Aires afirma que si bien era exacto que las libertades políticas habíanse perdido en España al tiempo del descubrimiento y de la conquista de las colonias, y que también era exacto que los habitantes de estos dominios y los súbditos de España habían sobrellevado la misma tiranía, indiscutible era que la carga de la servidumbre y la abyección había sido más pesada para los primeros, víctimas expiatorias inmoladas por los funcionarios y los reyes, porque la América había estado sujeta á una tiranía de que quizás no haya otro ejemplo en la historia, (Grandes y prolongados aplausos).

Sin duda, ciudadanos, había firme voluntad cívica, valor moral grande en este diputado, como en Mejía, como en otros representantes de América, que defendían enérgicamente los intereses, las doctrinas y las reformas de la revolución hispano-americana. Podemos así explicarnos la opinión de un escritor liberal de España, que presenció las deliberaciones de las Cortes de Cádiz y decía tiempo después, en 1829, que los diputados de ultramar habían convertido el parlamento gaditano en cátedra de la revolución de América. Y antes, en

el año de 1813, un periodista del partido de la reacción, López Cancelada, en un periódico que él dirigía, «El Telégrafo Mexicano», escribía que las cortes de 1810 habían sido el cuartel general de la revolución de América y que su estado mayor estaba en Londres. En verdad, la actitud de los diputados americanos en todo favorable á sus países, dió motivo á ruidosos incidentes en las Cortes, donde formaron una minoría homogénea y disciplinada, que por su inteligencia y preparación, estuvo en más de una oportunidad á punto de vencer á la mayoría de los diputados peninsulares.

Sin embargo de la oposición que los primeros encontraron en el seno de las Cortes respecto de sus propósitos revolucionarios en América, como en cuanto se refería á su radical política reformista; no obstante de los ataques de que fueron víctimas de parte de algunos diarios que veían la luz en Cádiz; á pesar de las protestas del comercio monopolista de ese emporio, el cual de ninguna manera quería la reforma del sistema colonial, porque ésta hubiera importado su ruina económica, consiguieron los diputados criollos desenvolver su acción parlamentaria con entera libertad y el Congreso supo amparar sus derechos y privilegios parlamentarios cuando parecieron estar amenazados por el tumulto popular.

Ciudadanos: La diputación de América tenía amplio pensamiento en todo lo que se refería á la reforma de las colonias hispánicas. Desde las primeras sesiones de las Cortes, inició la acción parlamentaria en contra del arcai-

co sistema colonial. Estos diputados presentaron una serie de proposiciones, algunas de las cuales fueron aprobadas, tendientes á establecer en las colonias hispano-americanas la libertad de la agricultura, la libertad de industria, la libertad de comercio, para asegurar el desenvolvimiento económico, el desarrollo de la riqueza de sus pueblos. En unión de los diputados demócratas peninsulares sostuvieron que la Constitución de 1812, la cual restableció el gobierno representativo, separó los poderes, declaró los derechos del hombre y del ciudadano, emancipó la propiedad y consagró el principio de que la soberanía reside no en el monarca sino en la nación, fuera aplicada por igual en los dominios españoles de Europa y de América. (Aplausos).

En cuanto á la reforma del sistema colonial, las proposiciones de los representantes criollos coincidían con las vistas de preclaros demócratas españoles. He hablado antes de las teorías de Florez Estrada y debo ahora referirme al ilustre Blanco White, que editaba un periódico titulado «El Español», en Londres, donde había emigrado después de los sucesos de Sevilla. En ese periódico publicó diferentes artículos en apoyo de las nuevas doctrinas: entre los más notables puede citarse uno de «Reflexiones políticas» y otro sobre «La integridad de la monarquía española». El revolucionario español sostenía en ellos que la unión sólo podía conseguirse estableciendo sobre la base de la absoluta igualdad, un solo soberano y un solo congreso en la monarquía.

En América, los hombres de la revolución de las diferentes colonias hispánicas, declaraban la nulidad de las Cortes de Cádiz, en razón de que no estaban constituidas por representantes legítimos de sus pueblos, porque habíaseles dado una representación supletoria, porque los diputados titulares no fueron elegidos por sufragio universal, porque su número no guardaba relación con el de los procuradores de las provincias españolas, ni proporción con la población de las provincias de ultramar. Es probable que si para nombrar los representantes de América hubiérase acordado la misma forma de elección que para los de la península y se hubiese fijado una relación de proporcionalidad, debiendo elegirse á razón de uno por cada cincuenta mil habitantes, como estaba resuelto para las provincias españolas, los pueblos de estas comarcas hubieran reconocido la autoridad de las Cortes y consolidado la reforma política y económica en uno y otro continente.

La realización de este precioso y generoso pensamiento político, hubiera dado, es cierto, en el Congreso gaditano mayor representación á las provincias de América. Pero, ¿habría sido esto un inconveniente para la democracia española, para la unidad del imperio hispano? ¡Qué ejemplo noble y magnífico habría dado á la historia una metrópoli gobernada por la voluntad de sus propios hijos! (Aplausos). ¡Una nación soberana está formada por entidades iguales en derecho y cuando prima la mayoría de los ciudadanos, pertenezcan á las

provincias que pertenezcan, conseguida en elecciones puras y libres, no puede hablarse de sometimiento de las unas á las otras! ¡Todas son iguales en derecho, todas sujetas al contrato social, todas miembros de una misma comunidad, todas hermanas en una misma familia! (Grandes aplausos). Fué un error, entonces, ciudadanos, cometido por las Cortes, el no acceder á los justos reclamos de los diputados americanos, que pedían la proporcionalidad de representación para España y América, error que hizo definitiva la separación de las colonias de la madre patria.

Conviene reconocer, ciudadanos, que varios diputados españoles de honda convicción democrática, sostuvieron siempre en las Cortes la causa de América. Al discutirse la misma proposición de los representantes americanos, un diputado peninsular, García Quintana, la apoyó y amplió en el sentido de que la representación nacional de las provincias, ciudades, villas y lugares de la tierra firme de América, sus islas y las Filipinas, por lo respectivo á sus naturales y originarios de ambos hemisferios, así españoles como indios, y los hijos de ambas clases, debe ser y será la misma en el orden y forma (aunque respectiva en el número) que tienen hoy y tengan en lo sucesivo las provincias, villas y lugares de la península é islas de la España europea entre sus legítimos naturales, debiendo separarse las clases de habitantes en el censo de población, indios, criollos, mestizos y europeos, y cada una será representada proporcionalmente, «el indio

por el indio, el criollo por el criollo, el mestizo por el mestizo, y el europeo por el europeo».

Y este mismo representante agregaba que por planes juiciosos se pensará «en desterrar para siempre hasta la memoria de la esclavitud, afrentosa infinitamente más al que la causa que al que la sufre». En tanto se verifica esto, decía, los esclavos tendrán un apoderado en el Congreso, «que en sus negocios privativos hable por ellos en derecho á la soberanía». Otro diputado peninsular, el elocuentísimo y liberal Argüelles reclamaba de las Cortes la abolición del tráfico de esclavos, adelantándose en más de un lustro al pensamiento europeo que, después de la caída de Napoleón, declaró ilícito el inícuo «comercio del ébano» en el Congreso de Viena. Pero había un diputado, de nombre Palacios, que combatió la idea de la abolición de la esclavitud, pronunciando estas enigmáticas palabras: «En cuanto á que se destierre la esclavitud, lo apruebo como amante de la humanidad; pero como amante del orden público, lo repruebo». ¿Qué significaban estas enigmáticas palabras? Denotaban una contradicción en el espíritu del orador; en conflicto estaban el sentimiento humanitario, que anhelaba la redención del esclavo, y el interés material de los comerciantes de Cádiz, que querían por medio de sus representantes mantener en América una ignominiosa institución y un privilegio contrario á la libertad de comercio, cuya derogación simultánea reclamaban los diputados demócratas y los pueblos de este continente.

Ciudadanos: Hubo en las Cortes gaditanas un debate importante, debate que estuvo relacionado con la nueva organización económica de la sociedad española. Los constituyentes trataron de crear una clase de propietarios que sirviera de nervio al nuevo régimen político, al sistema de gobierno representativo. Era necesario, en consecuencia, declarar extinguido el régimen feudal; había necesidad de suprimir los señoríos, pertenencia de órdenes privilegiados: el sacerdocio y la nobleza. Las cortes discutieron un proyecto sobre extinción de los señoríos particulares. ¡Debates memorables aquellos, ciudadanos, que duraron veintisiete días! ¡El Congreso celebraba sesiones diarias, de día y de noche, interrumpidas sólo para tomar un breve descanso! ¡Daban ejemplo de labor, de actividad á los fecundos diputados de nuestra época, admiración de las edades futuras! (Risas y aplausos). En esos debates tomaron parte cuarenta y ocho diputados, naturales de la Península ó de las provincias de Indias.

Al fundar el proyecto de supresión de los señoríos, un diputado peninsular, el señor Alonso y López, decía que no podían ser pequeños los valores de tales enajenaciones de atenerse al número de privilegiados que gozan fueros de señorío en la monarquía. Y otro diputado, orador elocuente, jurista notable, demócrata sincero, el señor García Herreros, sostuvo en el debate que todo lo que se enajena de la Corona se entiende con el pacto de «retro», de manera que siempre que la nación quiera

recuperarlo puede hacerlo, pagando la cantidad en que se enajenó. Era ésta, ciudadanos, en realidad, una teoría revolucionaria, profundamente revolucionaria, puesto que modificaba en una forma trascendental el derecho de propiedad; pero estaba inspirada en las necesidades de la sociedad moderna, pues el derecho no es eterno ni inmutable y está sujeto en su evolución á las modificaciones y al progreso de los pueblos, de los cuales es la expresión orgánica, la conciencia jurídica.

Hubo en las gloriosas Cortes españolas de 1810, al discutirse la redención de los señoríos, actitudes varoniles, hermosos ejemplos de virtud cívica. Fueron dignos, algunos, de la Revolución Francesa; sobrepusieron, otros, á las escenas de la inmortal Asamblea Constituyente. Quiero referirme á la jornada histórica de la noche del 4 de Agosto. En esta memorable reunión de la Asamblea francesa renunciaron el clero y la nobleza á sus derechos feudales, nacidos en una época de tinieblas; pero la historia democrática, la pluma brillante y profunda de Michelet ha descubierto que la conducta de la mayoría de nobles y sacerdotes no obedeció á un espontáneo impulso de generosidad y altruismo. ¡No, ciudadanos! La renuncia de ignominiosos privilegios, nacidos en la época feudal, edad de barbarie, de ignorancia, de fanatismo y de violencia, fué impuesta al clero y la nobleza por la voluntad soberana del pueblo, nació como una consecuencia de la insurrección de los campesinos de los departamentos del Este, que destruyeron

los libros en que estaban anotados los inícuos derechos y recorrían las campiñas envueltos en la tromba de la Revolución, protestaban airadamente contra la tiranía feudal y lanzaban el grito sagrado: «¡Paz á las cabañas, guerra á los castillos!». (Grandes y prolongados aplausos).

Pues bien, ciudadanos, en las Cortes gaditanas sucedió una cosa distinta. El diputado García Herreros entendía que la asamblea debía pronunciarse inmediatamente por su doctrina: «Dígase, pues, exclamaba, que desde el día de hoy cesen todos los señoríos particulares, y que sus poseedores presenten los títulos de su pertenencia». Entusiasmado el joven conde de Toreno, á quien las Cortes habían eximido del requisito de la edad para reconocerlo como diputado, tuvo un rasgo de carácter superior al de los privilegiados franceses, pues si éstos obedecieron al temor en su renuncia histórica, el futuro historiador de la revolución española procedió sin coacciones de ningún género. «Señor, dijo al acabar su discurso el orador, yo, dueño de varios señoríos, pido al señor García Herreros, que fije las proposiciones que ha indicado, y ruego al Congreso encarecidamente, se digne aprobarlas desde luego». He ahí, ciudadanos, el temple moral de un varón ilustre de la democracia, aunque llevase en sus venas la sangre azul de la nobleza, que trabajó en el seno de las Cortes en pro de las ideas liberales y progresistas, vivió en el destierro después de la restauración absolutista y tuvo actuación descollante

en el segundo y en otros posteriores períodos de la vida constitucional de España. Y fué él, ciudadanos, quien muchos años después supo levantar un monumento de gloria inmarcesible en honor de la democracia hispana al escribir con la elevación de Tucídides y el estilo de Tácito, la historia del levantamiento, guerra y revolución de España. (Grandes y prolongados aplausos).

Durante la discusión del mismo proyecto sobre supresión de señoríos, dejóse también oír una voz vibrante en defensa de la extinción de los gravámenes de la propiedad territorial. Iérguese en los escaños la persona de Argüelles, inteligencia de ilustración vastísima, de poderosa dialéctica y ática elocuencia, nutrida de derecho constitucional inglés y de española legislación civil. ¡Grande, noble, hermosa, magnánima figura de la democracia española! ¡Fuiste apóstol de la libertad de los pueblos, compañero de Muñoz Torrero, el insigne rector de la Universidad de Salamanca, que en la primera sesión de las Cortes hizo procalmar «urbi et orbe» el dogma democrático de la soberanía nacional! ¡Yo te contemplo, figura veneranda de la democracia hispana, de la democracia europea, en tristes momentos de tu vida, cuando años después que resonára tu verbo magnífico en el recinto de Cádiz ó de la Isla de León, para salvar la independencia y la libertad de la nación y la corona de un monarca pérfido, emprendes camino al Africa para cumplir, con los grillos á los pies, inicua condena á presidio, sentencia infamante, pero no infamante para tí, sino pa-

ra el mismo monarca que la ha escrito condenándote, de su puño y letra,—el rey cobarde que aplaudía en el cautiverio las derrotas de su pueblo y las victorias del emperador, que felicitaba á los generales del ejército napoleónico,—para vengarse de su propia cobardía física y de su abyección moral, persiguiendo con odio implacable á quienes salvaron sus derechos dinásticos para desgracia de la democracia y de la nación española! (Aplausos prolongados interrumpen al orador).

Y bien, ciudadanos, el jefe ilustre de los innovadores, de los revolucionarios españoles, desplegó su palabra llena de convicción para demostrar la injusticia de la pretensión que sostenían los nobles en el pliego que presentaron al cuerpo soberano pidiendo el rechazo del proyecto sobre extinción de los señoríos, considerando impropia y peligrosa su discusión. Al combatir el argumento hecho por un diputado tradicionalista sobre la santidad de los contratos, Argüelles decía que quizás los grandes de España no podían haber alegado razón más fatal para sus derechos que los contratos celebrados en su adquisición. Desenvolvía luego el carácter social del derecho de propiedad, sosteniendo las mismas ideas que defendió veinte años más tarde en su «Examen histórico de la reforma constitucional», cuando afirmaba que cualquiera que sea el juicio que se forme de la propiedad privada, según la han instituido las leyes civiles de cada país; cualquiera que se suponga el interés de respetarla, de conservarla y protegerla contra alteraciones ul-

teriores, nunca puede confundirse, sin gran error, con la propiedad pública, esencial ó constitutiva de la sociedad. «Cuando ésta, ó parte de ella — agregaba — pasa á dominio particular, es sólo, y no puede dejar de ser, mientras no se reclama contra semejante transformación, mientras la sociedad no quiere que se le restituya lo necesita para existir conforme al fin de su instituto. Esta doctrina es el fundamento del Estado entre naciones civilizadas, constituye el derecho público de los pueblos cultos». (Grandes aplausos). Este concepto de la propiedad, repito, era real y profundamente revolucionario; de manera que despertó enorme sensación entre los diputados reaccionarios, dispuestos á mantener todavía en el siglo XIX la noción feudal del derecho de dominio é impedir en España el advenimiento de la sociedad moderna, libre de trabas económicas y jurídicas. Y el entusiasmo fué tan grande en el pueblo cuando Argüelles terminó su discurso, que según el Diario de Sesiones, el extraordinario aplauso del público de las galerías precisó al presidente á levantar la sesión. Las Cortes resolvieron, por fin, declarar abolidos los señoríos, creándose con los bienes emancipados, vendidos después por el Estado, una clase de pequeños propietarios, que sirvió de eficaz instrumento colectivo para consumir, andando el tiempo, la obra de la revolución, constituir el gobierno de la democracia y afirmar en España el régimen de las instituciones libres. (Aplausos).

Las Cortes acordaron también, ciudadanos, suprimir

en América los arbitrarios y odiosos tributos de los indios. La exención debía extenderse á los indios de todas las provincias y á todas las castas de toda la América, habiendo aconsejado el dictamen de la comisión respectiva que no se extendiera á ellas la gracia de repartimientos de tierra y que no se restableciera el antiguo sistema de repartimientos de las justicias. Al discutirse el dictamen de la comisión, el mismo Argüelles sostuvo que el fin del repartimiento es convertir en agricultores y familias industriosas á un número considerable de habitantes, hasta entonces con poco ó ningún arraigo y elevarlos por este medio á la clase de ciudadanos útiles. De igual manera pensó en el siglo XVIII un gran estadista español, ministro de Felipe V, quien sostuvo la conveniencia de la creación del Erario, para conservar con su caudal el de todos, ejerciendo una tutela sobre los productores y facilitando préstamos sobre las propiedades agrícolas. El Banco Popular de Proudhon en el siglo XIX, aseméjase en el fondo, esencialmente, al Monte de Piedad que imaginara el autor del «Nuevo sistema de gobierno económico para la América». En ese orden de ideas, el representante de Asturias agregaba: «Todavía miro yo como necesaria la libre enajenación de las tierras de repartimiento bajo el aspecto económico. Las tierras en manos de los indios, sin capitales para reducir las á cultivo, son inútiles, pues que no pueden producir fruto alguno espontáneamente. Si al mismo tiempo que se les reparten no se les habilita con algunos fondos para

que puedan aprovechar la propiedad, es indispensable que á falta de otro arbitrio recurran á la enajenación de alguna parte de ella para invertir su producto en la compra de aperos y animales con que hacer fructificar la que se reserva».

Las ideas sobre exención del tributo de los indios y el repartimiento de tierras y útiles de labranza estaban inspiradas en una tradición de política agraria colectivista, que representaron en España escritores y hombres de gobierno. Hubo también en el siglo XVII un personaje interesante, tribuno, economista, Martínez de la Mata, cuyos discursos fueron publicados por Campomanes, que expuso su pensamiento en la plaza pública, crea discípulos y amaestra al pueblo de Sevilla con su palabra elocuente, hasta que el corregidor de la ciudad inicia contra él una acusación, considerándolo digno de castigo, especialmente por haberse referido al alzamiento de las comunidades de Castilla. Considera el insigne repúblico Joaquín Costa, cuya pérdida ha sido tan lamentada para la ciencia y la democracia hispanas, que dicho reformador puede ser considerado como un precursor de Adam Smith y de Marx, pues antes que el primero sostuvo que el trabajo y no el comercio ni la agricultura, crea la riqueza. «La industria es la verdadera piedra filosofal que transubstancia en plata y oro las simples materias», y como reafirmó el segundo, si el trabajo es el único origen y fundamento del valor, el trabajo será la única medida de los valores. «Y siendo el trabajo, agrega

Costa en su obra sobre «El colectivismo agrario en España», — y como él pensaban muchos diputados de las Cortes de Cadiz, — la única medida común para apreciar y comparar el valor de todos los productos y, por tanto, el único legítimo origen de la propiedad, el capital es obra del despojo, por cuanto no se halla en poder de los trabajadores, únicos que en justicia debieran ser propietarios». (Ovaciones al orador).

Ciudadanos: Así como había que extinguir en la España de la décimanona centuria los privilegios de la sociedad feudal, y las Cortes para conseguirlo declaraban abolidos los señoríos y autorizaban la venta de una parte de los bienes concejiles, había que realizar otra reforma trascendental para colocarla entre los pueblos libres de la civilización moderna. La conciencia española había estado cohibida durante largos siglos de despotismo real y de tiranía espiritual, privada de su sacrosanto derecho de libre manifestación externa, aherrojada en los calabozos, ó en las hogueras, ó en el destierro: pues las Cortes se apresuraban á emanciparla, devolviéndole su pristino estado, y dictaban el decreto estableciendo la libertad de imprenta y suprimiendo el tribunal de la Inquisición, mientras que manteníalo el invasor — aliados siempre el cetro y la tiara, el Trono y el Altar, — no obstante decirse por algunos historiadores que llevaba la civilización á la península ibérica. (Aplausos). De manera, ciudadanos, que, á pesar de reticencias explicables, las Cortes impulsaban á la nación hacia la libertad de

pensamiento, hacia la tolerancia religiosa que no ha conquistado por completo todavía en el siglo XX. La abolición del Santo Oficio y del procedimiento inquisitorial, representaba un esfuerzo enorme de emancipación civil, un inmenso progreso moral para la nación hispana, contenida hasta entonces en su vuelo magnífico á las regiones de la luz espiritual, de la razón y de la ciencia, Recuérdese, ciudadanos, que á fines del siglo de la Enciclopedia, vale decir, de la emancipación del pensamiento humano, en pleno reinado de un monarca liberal, la Inquisición acusó á estadistas eminentes de «filosofismo» y condenó á otro á pena infamante. Los constituyentes de 1810 declararon abolido el Santo Oficio, que torturaba el pensamiento, porque comprendieron que la conciencia era inviolable, recinto sagrado de la personalidad humana, porque entendieron que ningún hombre, tribunal alguno, potestad ninguna puede ultrapasar sus umbrales. «La casa de cada hombre, dijera con soberbia y grandiosa elocuencia el primer Pitt, «the great commoner» de la nación inglesa, es su fortaleza, no porque la defiendan un foso ó una muralla, pues bien puede ser una cabaña de paja: el viento puede rugir al rededor y la lluvia penetrar en ella, pero el rey no!» ¿Y qué será entonces, ciudadanos, su conciencia, donde alójase recóndito el pensamiento? Es también una fortaleza, pero más inexpugnable que la casa de cada hombre, inviolable ante la Constitución, porque es invisible, inaccesible á la violencia, por la razón que proclamara el estoico ro-

mano; porque inaccesible á la prepotencia de los tiranos, puede permanecer intangible aunque la substancia corpórea yazca aherrojada en la cárcel ó sea abrasada en el quemadero; porque el sol y la lluvia pueden penetrar en la humilde cabaña del pobre, expuesto á las inclemencias del tiempo y á las injusticias de la ley; porque los derechos escritos pueden ser desconocidos y negados por los jueces y adulterados y violados por los gobiernos; y porque un rey arbitrario y perverso como el hijo fatídico de María Luisa, puede privar de sus bienes y de su libertad personal y de su dicha y de su familia y de su hogar á sus súbditos; pero ni el poder real, ni la potestad divina, ni el sicario de un rey, ni el verdugo de Dios, ni los magistrados de la monarquía, ni los sayones de la Inquisición pueden destruir la conciencia humana, último asilo de la razón y la verdad, porque es invulnerable su foso, su muralla, su torreón, cuando un carácter esforzado quiere mantenerla firme hasta el último instante de su vida, en defensa de la libertad y la justicia, sin temor al presidio ó al destierro, á la condena de un tribunal criminal é irresponsable, á la ejecución en patíbulo afrentoso ó á la muerte lenta en las brasas del quemadero! (Grandes y prolongados aplausos interrumpen al orador).

La sanción de la Constitución de 1812 fué, ciudadanos, la magna obra de las inmortales Cortes. Esta Constitución era liberal y democrática, pues reconoció los derechos del hombre y del ciudadano, dividió los poderes,

aseguró la justicia, emancipó la propiedad y colocó la monarquía bajo la égida de la voluntad soberana de la nación. Esta Carta Fundamental de la nación española puede decirse que sólo tenía igual en la Constitución de 1793 que sancionara la Convención francesa, pero que jamás recibió aplicación, en tanto que la primera fué puesta en vigencia por las Cortes gaditanas y después de la revolución de 1820. Fué esta Constitución admiración y modelo de los pueblos de Europa, reconocida como legítima por el señor absoluto de todas las Rusias; sirvió de lábaro institucional á las naciones oprimidas y es proclamada como un símbolo de redención por los reinos de Cerdeña y de Nápoles ante la tiranía de los déspotas de la Santa Alianza. Fué sancionada para aplicarse sin distinción de razas ni de pueblos, estatuyendo iguales derechos para criollos y peninsulares, en las provincias de España y de América, y fué jurada en ésta por los pueblos que continuaban todavía bajo la soberanía de la madre patria. Los constituyentes doceañistas estuvieron al promulgarla animados por una pasión desinteresada y pura, la pasión de la libertad y de la regeneración de su patria; creyeron que esto era posible mediante una revolución pacífica, aprovechando las circunstancias extraordinarias de la guerra de la independencia; pensaron que la burguesía de su país estaba capacitada para realizar esa inmensa obra, que impulsaría el progreso económico y social de la nación y conservaría para la metrópoli una parte al menos de su grande imperio colonial.

Esta conducta inspirada y previsora, práctica é idealista á la vez, ha merecido la censura de escritores contemporáneos, que bien por un conocimiento superficial de la enorme labor de las Cortes, ó bien por prejuicios de partido, ó bien por afán pueril de originalidad, han calificado en artículos recientes de «ingenuas» y «ridículas» á las Cortes doceañistas, gloriosas é inmortales en la historia de la democracia. Los escritores españoles que así piensan, consideran, sin duda, ingenuo y ridículo soñar, trabajar con esfuerzo, combatir sin desmayo por la libertad de un pueblo, porque la realidad ha vencido al ensueño y la utopía! El sistema liberal creado por las Cortes y la Constitución de 1812 fueron destruidos en verdad por el soberano á su vuelta del dorado cautiverio, soberano que encontró apoyo en una parte del pueblo, ignorante y fanático, servil y cruel, adversario de la libertad, amigo de las cadenas, partidario de la Inquisición. Pero el hecho consumado, ciudadanos, no es para nosotros el derecho, si no está inspirado en la justicia. El hecho inicuo es la negación de la razón humana. Fernando VII es el hecho brutal y bárbaro, las Cortes de Cádiz son la afirmación pristina é ideal del derecho; el uno representa el oscurantismo, que tiene hondas raigambres en el pasado; las otras, el progreso que mira al porvenir desde la playa lejana, para que, radiante ideal, guíe al pueblo hacia mejores destinos. El «rey deseado» es en España la encarnación del principio de la legitimidad, contrapuesto á la soberanía de las naciones, el hecho consumado del despotismo

frente al derecho violado de la libertad de los pueblos, que proclamaron las Cortes desde el Sinaí de la Revolución, al igual que la Asamblea Constituyente y la Convención encarnan en Francia los derechos del hombre y del ciudadano, que desconoció el «hecho consumado», «la realidad histórica» del Imperio y la Restauración. La Santa Alianza es también el hecho legítimo y la realidad práctica para los modernos sicofantes de la historia. ¡Benditos los hombres ingenuos de sano corazón y rectos procederes, que llevando la estrella del ideal clavada en la frente, miran al triste fondo de la vida de los pueblos para redimirlos de la esclavitud y del dolor! ¡Sí, ciudadanos, fueron ingenuos los diputados doceañistas, porque desearon la renovación espiritual, la regeneración política de su patria, y amaron la democracia, y vivieron para anhelar la libertad, y por la libertad trabajaron y fueron perseguidos y condenados á penas afflictivas y confiscados sus bienes y sufrieron hondas privaciones en la emigración ó grandes padecimientos en las cárceles de España y en los presidios de Africa, ó estuvieron afrentosamente expuestos al escarnio popular, ó murieron en el patíbulo, derramando su sangre para conquistar sólo la inmortalidad! (Grandes y prolongados aplausos interrumpen al orador). ¡Sí, ciudadanos, ridículas fueron las inmortales y gloriosas Cortes de Cádiz, porque en ellas palpité, como dice Salillas con gran acierto, el renacimiento español, que da su primer vagido en la Isla de León; ridículas fueron porque en mi entender tam-

bién palpitó en ellas el espíritu liberal de Europa, puesto que en el teatro de la Isla ó en el recinto de San Felipe sopló el viento de la revolución contra todos los monarcas absolutos y el espíritu de resistencia contra el tirano de Córcega, dominador de reyes y de naciones! (Ovaciones y aclamaciones al orador).

Ciudadanos: Quedó anulada la obra democrática de las Cortes de Cádiz por la reacción absolutista de Fernando VII. Empero, las páginas de sus anales parlamentarios llenan la historia toda de España en el siglo XIX, pues cuando la segunda revolución restablece las instituciones democráticas, cuando el partido liberal combate contra el carlismo, cuando el vencedor de Luchana desaloja la influencia despótica de María Cristina, cuando las huestes progresistas reclaman un régimen de libertad y de honor, cuando la revolución de Septiembre destrona á Isabel II, digna hija y heredera de Fernando, cuando la Constituyente dicta al pueblo español las Tablas de sus derechos civiles y políticos, cuando nace la República como impensada realidad después de haber sido largo tiempo acariciada como una soñada esperanza, palpita el corazón de las Cortes inmortales y gloriosas, siéntese vibrar en el espacio y en el tiempo el alma ardiente de sus diputados ilustres y es la conciencia de la democracia doceañista la que encarna el derecho ideal de los pueblos en la verdad consumada de la historia. (Grandes y prolongados aplausos).

El proceso democrático quedó en suspenso, ciudada-

nos, después de la Restauración; pero la democracia de América espera anhelante su reanudación histórica, para felicidad y gloria de la nación española. Permitidme, ciudadanos, recordar un viejo romance castellano, que expresa el hondo sentimiento que la libertad tiene en el alma de la nación hispana. En el viejo odre de la poesía castellana, asentado está el vino añejo de la libertad; el sentimiento popular de la libertad y de la poesía, — expresión ésta de la realidad á través del espíritu, diría Guerra Junqueiro, — brota de los seculares romances, que ahora tienen el sabor de las cosas arcaicas. Así en el romance de los cinco maravedís que el rey don Alonso VIII, el vencedor de los moros en las Navas de Tolosa, pedía como pecho á los hijosdalgo por consejo del señor de Vizcaya. Abandonan éstos las Cortes de Burgos y siguen á don Nuño, conde de Lara, — «de tres mil tres han quedado», y «En el campo de la glera — todos allí se han juntado, — el pecho que el rey demanda — en las lanzas lo han atado». El rey, «á decir les ha enviado, — que quien le dió tal consejo, — será muy bien castigado». El romance termina con este profundo pensamiento, que los pueblos modernos y sus fieles y legítimos representantes grabado deben conservar en su memoria con caracteres imborrables, termina con estos históricos versos: «El bien de la libertad — por ningún precio es comprado». (Grandes y prolongados aplausos).

Ciudadanos: Si yo pudiera dar un consejo á los republicanos de España, diríales que procurasen continuar

la obra suspendida de la democracia doceañista, de la cual son los únicos y verdaderos sucesores, afincando en la conciencia del pueblo ideales de libertad y de justicia; diríales que deben inspirarse en el ejemplo y en la acción de las inmortales Cortes de Cadiz, que ocupan inmarcesible sitio en la historia parlamentaria de las naciones; diríales que al mismo tiempo de preparar las mentes por una educación racionalista para destruir la dominación perniciosa de la Iglesia, deben inculcar en los hombres el sentimiento de la moral política, que ha de ser inseparable del sentimiento de la libertad; diríales que sean inquebrantables, decididos partidarios de los procedimientos radicales, para concluir con un régimen que ha sofocado la vida de la nación en el vacío de la inercia, en el desgane de la muerte. Si yo pudiera darles un consejo, diría á los partidos que combaten por implantar la república, no olviden á las muchedumbres proletarias que viven en la opresión económica y las cuales no vacilaron en un momento solemne de nuestros días, en unirles sus fuerzas para reparar enorme injusticia y contribuir á la pronta caída del régimen por una revolución radical y profunda, y que el día de la jornada gloriosa orienten con firmeza las bases de la república social, amparo de los productores de la riqueza, garantía del derecho al producto íntegro de su trabajo; yo les diría que la savia vital del pueblo hispano ha de buscarse en las fuentes del pensamiento, para que la renovación sea completa en el campo material de la producción, en el fondo moral

de las ideas, y pueda así alimentar el nuevo régimen político y el nuevo sistema de organización social por los siglos de los siglos; yo les diría, ciudadanos, que al cimentar el gobierno de la democracia, el imperio de la soberanía popular, recuerden, como los constituyentes de Cádiz, que una nación no es una dinastía, sino la esencia de la historia extraída de la realidad, y, en fin, que al poner en acción el Contrato Social por la voluntad del pueblo, sean esforzados en la obra, perseverantes en su ejecución, justos y ecuanímes en la lucha, y hagan presente al espíritu que para conseguir la salvación de la patria y la redención del pueblo no debe olvidarse ningún género de sacrificios, porque según dice el romance de Castilla: «El bien de la libertad — por ningún precio es comprado». (Ovaciones y aclamaciones al orador).

He dicho.

APENDICE

Los Diputados de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz y el nuevo sistema de gobierno económico de América, POR E. DEL VALLE IBERLUCEA. BUENOS AIRES, 1912. MARTIN GARCIA, EDITOR.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

(De El Diario Español)

Este libro llega en su debida oportunidad. Es un libro del momento, merecedor de algo más que de la rápida nota bibliográfica, ya clásica en el apresuramiento de la prensa bonaerense. Libro de tan grande importancia merece detenido estudio, larga consideración y gran amor, dando á quien lo ha escrito un poco de la justicia y del cariño que en hacerlo puso. El doctor Enrique del Valle Iberlucea ha tenido en vista un sentimiento de justicia que merece nuestro aplauso y nuestra simpatía. Ha querido reivindicar á España de una acusación y dar á las tierras del Plata un poco de la gloria que se las negaba. Este libro sobre «Los diputados argentinos en las Cortes de Cádiz» viene á poner las cosas en su debido lugar, probando cual fué la intervención de los naturales de esta parte de América en el hermoso movimiento constitucionalista de 1810 y cuales eran los sentimientos de la nueva generación española respecto de

las «colonias». Estudiar este libro, analizar su tendencia, sintetizar los hechos en él expuestos y las teorías por su autor sustentadas, difundirlo, en fin, como puede hacerlo un rápido artículo de periódico, es una satisfacción y un deber.

I

El doctor Enrique del Valle Iberlucea, hombre de estudio, dedicado á la alta crítica de las instituciones, como lo ha probado en numerosas y muy notables obras, principalmente con su «Teoría materialista de la historia», no podía menos de sentirse preocupado por un problema tan significativo para la historia de América como el que plantean las Cortes reunidas en Cádiz, ofreciendo al mundo el espectáculo único, verdaderamente excepcional de incorporar las «colonias», á la metrópoli, constituyendo ese hecho de por sí solo, un adelanto notable sobre las ideas y las costumbres del tiempo.

La malevolencia de un instante de pasión, perpetuada en el tiempo por los historiadores no exentos de todos los defectos que acarrea el haber sido actores en luchas en que después quisieron actuar como jueces, debía desaparecer. Era natural que cuando la pasión pusiera un velo entre los hechos y su juicio, el equilibrio había de restablecerse, pues insensiblemente se llegarían á encontrar las olvidadas razones, los justificantes que la oposición transitoria hacía olvidar.

La justificación ha llegado terminante, definitiva, con el libro del doctor del Valle Iberlucea, quien con gran acopio de datos y acumulando detalles, de los cuales el más insignificante tiene un valor propio, extraordinario en el conjunto, viene á restablecer la verdad, desmintiendo la versión propagada de que las Cortes fueron una resistencia al espíritu de libertad dominante en Amé-

rica y que ellas carecieron de importancia en el desarrollo de los futuros destinos del nuevo continente.

La independencia de América había de producirse fatal, inexorablemente, por diversas razones; entre ellas, la principal, porque la fusión de las razas ya se había hecho y teniendo la criolla las mismas virtudes y cualidades de la española, no era dable suponer permaneciera mucho tiempo en un estado de dependencia, sumida en situación de relativa inferioridad respecto de la metrópoli. Las Cortes de Cádiz dieron libertades, las Cortes ampliaron el vivir de las regiones americanas, tanto en el orden político como en el económico y, por lo tanto, tuvieron decisiva influencia en la marcha de los destinos americanos.

El error está en consignar la fecha de 1812 á las Cortes, después de dar por punto de partida á la independencia de América el año de 1810, cuando las Cortes no fueron más que el resultado de una política sustentada desde tiempo atrás, una política de amplia libertad, demostrada desde 1779, en que el rey de España ayudó, moral y materialmente, á la independencia de las colonias inglesas del Norte de América, quedando, naturalmente, comprometido, por el precedente que abría en favor de la autonomía de las colonias propias en el Centro y en el Sur.

Cuando en España se procedía así, sentando las bases de una política, era porque hombres de la talla de Aranda y de Campomanes estaban ya en marcha, sus ideas progresaban, abríanse camino y, naturalmente, las Cortes que en 1810 sesionaban en Cádiz no eran más que una consecuencia, un resultado, paralelo al movimiento independizador, lógicamente más avanzado y radical, de los naturales de las «colonias».

El error de hacer partir la historia americana de

las fechas en que se comenzó la revolución en cada país, es un absurdo; pero ese absurdo ha sido sustentado hasta hoy, casi unánimemente, sin consideración alguna por las fuerzas que en España y en América laboraban juntas en favor de los ideales de libertad y progreso.

Así se explica que al conocerse en los virreinos la invasión napoleónica, al tenerse conocimiento de la abdicación de Bayona y del reinado de José Bonaparte, las «colonias», fieles á la práctica legal, juraran fidelidad á la Junta Central de Defensa, que en nombre de Fernando VII pasó á ejercer el gobierno de España, ó de las Españas. Disuelta la Junta General, la soberanía pasó á un Consejo de Regencia, que procediendo con espíritu sectario y retrógrado, desconoció todas las promesas hechas, motivando que su legalidad fuera á su vez desconocida, como lo hizo la Junta de Gobierno elegida en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810. Con esto, la situación en las regiones españolas de América fué de rebeldía en apariencia, quedando estos países en abierta oposición con el poder que en aquellos momentos asumía la dirección de los destinos patrios.

La Junta Central, surgida al calor del entusiasmo patriótico que motivó la lucha contra los franceses, pero imbuida de las ideas de éstos, y formada por hombres liberales, había mantenido el principio de los ministros que habían impulsado al rey Carlos á favorecer y prestigiar la libertad en el Norte de América, reconociendo la independencia de la República fundada por Wáshington.

El decreto del 22 de Enero de 1809, que sustentaron después los hombres de la Primera Junta, en Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810, al proceder «en nombre de Fernando VII», reconocía que los dominios españoles de las

Indias no eran, precisamente, colonias, sino partes esenciales é integrantes de la nación. Reconocía, también la igualdad entre todas las provincias de la monarquía, convocando á Cortes generales, en las que por razonamiento lógico, estarían también representadas las «provincias» de América.

Era, como se ve, la autonomía, casi la independencia. Era el primer caso en la historia de que un país diera tal suma de libertad á provincias lejanas, preparando generosamente su independencia, abriendo el camino á su libertad absoluta, definitiva, que no podía tardar en producirse.

Este es el verdadero punto de partida de la independencia americana, hecho que conviene tomar en cuenta para destruir la falsa leyenda de una opresión tiránica, sustentada violentamente por España.

II

El doctor del Valle Iberlucea, en su libro, por muchos conceptos digno de elogio, pone en evidencia todos los errores de aquel tiempo, errores en que abundaron una parte y otra, no imputables solamente á la voluntad de los hombres, sino, en primer término, á las condiciones especiales del ambiente. Hoy, al leer los artículos publicados en aquellos periódicos de Buenos Aires, «Mártir ó libre» y «El Grito del Sur», verdaderas audacias que demuestran no era tan fuerte y tiránica la autoridad española, ahogando todas las aspiraciones criollas, sorprenden las frases dirigidas contra las Cortes de Cádiz. Las ideas de independencia, latentes en el fondo del alma dirigente, se abren camino y entonces se desconoce la verdadera trascendencia de las cortes, que no tendían solamente á mantener el vínculo entre la metrópoli y las pro-

vincias de ultramar, sino á afirmar el principio de solidaridad en una forma más amplia, más vasta, que probablemente se habría anticipado enormemente á las ideas de la Inglaterra actual con su «Dominion» del Canadá y su semi-república de Australia.

Pero las ideas separatistas habían hecho mucho camino y era imposible retroceder. En esta forma, la actuación de los diputados americanos en las cortes tenía que ser forzosamente lenta, rechazada por los retrógrados que tomaban parte en las deliberaciones y desconocida por gran mayoría de aquellos á quienes representaban.

El espíritu democrático de las Cortes era inmenso. La obra fecundamente liberal sólo pudo ser detenida por la violencia de un rey imbécil, traidor á la fe de su pueblo y desencaminado por los azares de una larga lucha con los mantenedores de la vida tradicional.

La política americana de las Cortes, atendiendo á los movimientos sediciosos de Buenos Aires y de Caracas, fué netamente reformista. Los diputados americanos impulsieron sus ideas desde el primer día; hicieron comprender las verdaderas necesidades del lejano continente, afirmaron la imprescindible urgencia de las relaciones entre la metrópoli y las provincias ultramarinas. Y su obra fué tan liberal, tan ampliamente renovadora, que pudo llegar á escribir don José Manuel de Vadillo las siguientes palabras: «Los diputados americanos hicieron de las Cortes de Cádiz cátedra y cuartel general de la insurrección», y un periodista pudo decir con no menos verdad, que «el cuartel general de la revolución de América estaba en Cádiz y su estado mayor en Londres».

¿Qué pedían, pues, estos hombres que así eran juz-

gados? ¿Qué trastorno introducían en la marcha política de ambos mundos, para que el espíritu liberal de los parlamentarios gaditanos se sintiese afectado en su sentir patriótico? Argüelles señala las diferencias surgidas en el largo debate, establece la desigualdad de criterio en detalles que hoy nos parecen nimios, pero que en aquellos hombres perturbados, unos por el ansia de independencia, vacilando los otros en la inquietud de una sospecha dolorosa, habrían de adquirir enormes proporciones.

Como bien dice Argüelles, citado por el autor de este libro, «era una fatalidad insuperable de las circunstancias que acompañaron á la insurrección de la península, el que la independencia de América se presentase á la imaginación de sus diputados, no como un suceso eventual y remoto, sino como próximo é inevitable. Para muchos de ellos el triunfo de la metrópoli era una quimera; para los demás rayaba en lo imposible. Toda circunspección, toda prudencia, todo disimulo de su parte, no alcanzaba á encubrir en este punto su opinión y sus sentimientos á la penetración de sus colegas peninsulares».

III

Circunscribiendo su estudio á los diputados de Buenos Aires, el doctor del Valle Iberlucea hace notar que ellos, los señores Rodrigo, Velasco y López Lisperguer, tomaron con ahinco la defensa de los intereses que representaban, hecho que contrasta con la actitud de los diputados por Montevideo, que abogaron la causa de Elio.

El diputado López Lisperguer se distinguió entre todos por las oportunas y sanas medidas propuestas, y si bien es verdad que algunas veces exageró los perjuicios del sistema colonial, no dejó nunca de fundamentar la abso-

luta unidad de derecho entre los de una y otra orilla del Atlántico, proclamando que los americanos no eran otra cosa que españoles, desmintiendo así los rumores que hacían de él un adepto del partido extremo. Su alegato en favor de la representación legal de los americanos, lo mismo que el que fundamentó tan elocuentemente Mejía, el Mirabeau de América, leader de los ultramarinos, es una brillante pieza oratoria donde la confraternidad se demuestra.

Y toda su acción, en aquellos largos y á veces tempestuosos debates, fué de españolismo sereno y sincero, aunque siempre reclamando medidas de libertad, amplias medidas que en alguna forma pudiesen contener el torrente que rugía aprisionado entre las murallas seculares, buscando ancho espacio donde detenerse y ser un lago brillante y tranquilo.

Sus palabras no fueron oídas y la explicación de esa lamentable incomprensibilidad nos la da el mismo López Lisperguer, diputado por Buenos Aires, que tanto hizo por su región natal, y cuyo nombre ha sido necesario exhumar del olvido en que se le tenía. López Lisperguer dijo que la culpa de todo lo sucedido, así como de la falta de orientación en las reformas necesarias, tenía la «el poco conocimiento de lo que es dicha América».

Efectivamente, basta considerar la forma en que los legisladores de Cádiz procedían para comprender la inutilidad del esfuerzo. En aquellos días sólo habían estado en América y regresado á España los funcionarios, cuyo interés estaba, precisamente, en no conceder las reformas. Los demás desconocían en absoluto las condiciones de la vida en América, desconocían la necesidad de nuevas medidas, provocando la exacerbación de las pasiones.

Los legisladores de Cádiz no se negaron á atender

las reclamaciones presentadas por los diputados de América, y la prueba de ello está en que al ir á votarse la representación de indios y mestizos, como ellos lo reclamaban, la mayoría en contra fué tan reducida, que en vez de una derrota, equivalía á una victoria.

Fué el desconocimiento de América lo que dió alas al sentimiento separatista, y en ese sentido la obra de las cortes era salvadora. Si su acción no pudo tener la eficacia anhelada, culpa no fué, en verdad, de aquellos hombres, adelantados á su tiempo, eminentemente superiores al ambiente retrógrado que se les impuso por medio de la violencia.

Hoy, al cabo de cien años, la ímproba labor de los patriotas es aceptada y reconocida. Se ha avaluado ya definitivamente el mérito de esos hombres y la eficacia de su acción, relacionándola con el atraso de una época en que los ideales de paz y de justicia habían sido destruidos por la fuerza triunfante. Y al comprender cómo aquel gran acto legislativo fué de paz y de confraternidad entre españoles de la península y españoles de América, colaborando juntos en la implantación de un ideal fecundísimo de libertad, se acierta á ver todo cuanto él representa en la historia de nuestra raza.

Decir la verdad sobre aquel agitado momento de nuestra historia, tan lleno de inquietudes y de peligros, expresar el sentimiento de justicia que surge del estudio detenido de cuanto allí sucedió, es hacer obra de sana y noble confraternidad.

En este sentido debe aceptarse y aplaudirse el magnífico análisis histórico del doctor Enrique del Valle Iberlucea, que viene á ratificar el vago ensueño de una confraternidad moral, necesitada de sólida base histórica, por este libro impuesta definitivamente en todas las conciencias.

Juan MAS Y PI.

(De La Nación)

En momento muy oportuno aparece esta obra, debida á la pluma de uno de nuestros más prestigiosos catedráticos universitarios. Las Cortes de Cádiz están ahora de actualidad, y todo cuanto á ellas se refiera se lee con interés, interés que aumenta cuando se trata de su labor en relación con América, que es el caso de este libro, en el cual se expone la actuación que en el parlamento gaditano tuvieron los tres diputados suplentes por el virreinato de Buenos Aires: Manuel Rodrigo, Luis Velasco y Francisco López Lisperguer. Y, antes de entrar á ese tema, que es el principal de su obra, el autor dedica tres capítulos á tratar de la «Convocación de las Cortes», del «Debate americano sobre la validez de las Cortes» y de «La reforma política de España y América en las Cortes». Como se ve por la simple enumeración de esos capítulos, el libro del doctor del Valle Iberlucea no sólo viene en hora oportuna, sino que ofrece un interés positivo independiente de la circunstancia de su oportunidad.

En todos los países hispano-americanos y en España misma, el centenario de los movimientos revolucionarios que tuvieron como resultado final y fatal la independencia de la América española, ha dado ocasión á la publicación de muchas obras, de mérito desigual sin duda, pero que todas demuestran en sus autores noble empeño en el estudio de la historia americana, siendo no pocas fruto de vastos y prolijos estudios en los archivos de Europa y América, de los cuales se han desenterrado documentos de valor inapreciable para la mejor apreciación de sucesos poco conocidos, dudosos ó demasiado perentoriamente afirmados ó negados por autores tendenciosos. Como es natural, hay entre esas obras

algunas cuyos autores se han limitado á aprovechar libros, ó folletos, ó periódicos viejos, poco divulgados por lo escasos; mas, de todas suertes, el sólo hecho de sacar libros nuevos de materiales viejos, aunque no inéditos, es ya obra meritoria, tanto más cuanto ello da motivo para que se avive la curiosidad de los lectores por los libros viejos, lo cual permite esperar que sean reeditados y puestos al alcance de todos.

Este libro del doctor del Valle Iberlucea, es uno de los más interesantes que en los últimos tiempos se han publicado sobre cuestiones históricas hispano-americanas. Su asunto, la participación de los diputados americanos en las Cortes de Cádiz, fué tratado hace unos dos años, por don Rafael María de Labra, que llegó á la conclusión de que «la diputación americana fué uno de los primeros elementos de las Cortes de 1810 á 1813, y que América fué en aquella asamblea un factor esencial é irreductible de la revolución española». Pero el señor Labra, en su meritoria obra, no se ocupó especialmente de los diputados del virreinato de Buenos Aires, cuya labor en las cortes estudia en detalle el doctor del Valle Iberlucea. Seguramente, ni Rodrigo, ni Velasco, ni López Lisperguer tuvieron en aquella una actuación tan brillante como la de Mejía, Morales Duarez, Pérez, Guridi Alcocer y otros diputados americanos; sin embargo, es fuerza reconocer que todos tres y en particular López Lisperguer, desempeñaron sus funciones con entereza y lucimiento y animados del más profundo espíritu americanista, que animaba también á sus demás colegas de América, con excepción del representante del cabildo de Montevideo, ó mejor dicho, de Elío, don Rafael Zufriategui. Para apreciar en todo su valor la conducta de los diputados del virreinato del Río de la Pla-

ta en la Cortes de Cádiz, conviene recordar que tenían, como los caraqueños y otros, la representación de una colonia que, de hecho, se había separado ya de la metrópoli. Esa circunstancia tenía naturalmente que crearles una situación delicadísima ante los elementos que podríamos llamar antiamericanos, bien representados en las Cortes y bastante numerosos en la ciudad, en la cual se publicaban periódicos que no perdían oportunidad de zaherirlos, insultarlos y calumniarlos. Y llegó un momento en que los diputados por Buenos Aires no vacilaron en sacrificar su investidura parlamentaria al amor por su tierra, al patriotismo, en buenas cuentas, á pesar de que, en realidad, ni siquiera habían sido elegidos por sus compatriotas. En la sesión secreta del 16 de Mayo de 1811, se leyeron en las Cortes documentos relativos á los sucesos de Buenos Aires, y acto continuo se leyó «una representación de los señores Lisperguer, Rodrigo y Velasco, diputados suplentes del virreinato de Buenos Aires, en que decían que habiendo el virrey Elío declarado la guerra á la junta que se ha erigido en la capital de dicho virreinato y á las provincias de su comprensión, parece estarse en el caso de declararse inútil la representación de aquella provincia, y que en su consecuencia debían cesar en el cargo de diputados del citado virreinato». No tuvo el incidente mayores consecuencias; Lisperguer, Rodrigo y Velasco siguieron en las Cortes; pero su representación puso de manifiesto sus sentimientos profundamente americanos. Y para formarse una idea de cómo los diputados de Buenos Aires y los demás de América se verían molestados por abrigar esos sentimientos, bastará decir que ahora, en 1912, cuando se celebra el centenario de las Cortes, un escritor peninsular de cierta talla, don Juan Pérez de Guzmán, no ha

vacilado en aplicar calificativos bastante duros á dichos diputados, los cuales, á pesar de todo, mantuvieron sus reivindicaciones hasta el fin, procediendo siempre unidos, cuando se trataba de los intereses de América, que con igual firmeza y constancia defendieron todos, con excepción de Zufriategui, desde el reaccionario Ostolaza hasta el radical Olmedo.

Bien quisiéramos seguir de cerca el desarrollo de la obra del doctor del Valle Iberlucea; su asunto es lo suficientemente cautivador para dar tema á largos comentarios; pero si así lo hiciéramos se alargaría demasiado esta simple nota bibliográfica. Hemos, pues, de limitarnos á agregar que el autor ha estudiado su asunto en las fuentes originales, en los libros y documentos de la época, y que la narración de los sucesos, así como la exposición de las doctrinas, están hechas con aquella lúcida concisión que es como la marca de fábrica del buen historiador. El estilo es severo y elegante; el espíritu con que ha sido escrito el libro, es un espíritu ampliamente liberal y democrático que, sin llegar, por cierto, á la desfiguración de los hechos ni de las personas por prurito tendencioso, hace resaltar el carácter democrático y liberal de la labor de los representantes de Buenos Aires, en la asamblea de Cádiz. Como muy bien dice el autor, el mejor homenaje en honor de los esclarecidos varones que salvaron la independencia y restauraron la libertad de un pueblo, «resulta de la investigación de la verdad histórica relativa á su tiempo y á su actuación política — que es lo que el doctor del Valle Iberlucea ha hecho con aquellos representantes, — para vindicación de su memoria, cultivo de la inteligencia colectiva y desarrollo y estímulo del esfuerzo personal propio, y para descubrir el ejemplo viril que en nuestra época debamos

seguir en la vida ciudadana de la República»....

Como apéndice, el autor publica un erudito y claro trabajo sobre las reformas económicas realizadas en América, ó proyectadas, por el espíritu reformista que en España se dejó notar durante el reinado de Carlos III, y algunos documentos interesantes, relativos al asunto principal de su obra.

(De La Argentina)

Ha llegado á nuestra mesa de trabajo un libro de gran interés histórico, que hace más intensa la oportunidad de su aparición. Nos referimos al que sirve de epígrafe á estas líneas, que importan simplemente un acuse de recibo al amable obsequio, porque hacer un juicio completo sobre el mismo no es tarea de improvisación periodística, y que el doctor del Valle Iberlucea anticipa como «el mejor homenaje que un democrata de la comunidad internacional puede rendir á los esclarecidos varones que salvaron la independencia y restauraron la libertad de un pueblo», en el preciso momento en que la nación española, en efusiva intimidad con las repúblicas ibero-americanas, celebran el primer centenario de aquella asamblea memorable que proclamaba los más altos principios de libertad política, civil y económica, en oportunidad que en Europa y el mundo, deslumbrado con el genio napoleónico, creía que la reacción del absolutismo quedaría prevalente por largo espacio y esterilizados todos los esfuerzos, el talento y la sangre derramada, para afirmar el triunfo de los principios de la revolución.

Viene en hora oportuna el libro del doctor del Valle Iberlucea, ya que el eco de los brillantes festejos que se celebran en Cádiz, y de que el telégrafo nos informa,

y en los que tan señalado puesto de honor, así en el homenaje protocolar como en el afecto del pueblo español, ocupa nuestro país, ha de despertar la curiosidad por conocer á fondo el magno acontecimiento, en todos los hombres ilustrados del país; y dada la escasa literatura sobre el asunto y la nutrida documentación que el libro del doctor del Valle Iberlucea contiene, se puede decir, sin exageración, que viene á llenar una necesidad muy premiosa del momento, lo que es también una recomendación, si ya no lo fuera eximia el prestigio literario y científico de que legítimamente disfruta el distinguido autor en el mundo de los estudiosos.

(De la **Revista Argentina de Ciencias Políticas**. Año III, Núm. 25, Buenos Aires, 12 de Octubre de 1912).

«Si hemos de estudiar algún día el sentido económico de las revoluciones de la América española, preciso será analizar antes ,detenida y profundamente, los elementos materiales é ideológicos que prepararon esos acontecimientos, al iniciarse la agonía del imperialismo hispano»... «el mejor homenaje que un demócrata de la comunión internacional pueda rendir á los esclarecidos varones que salvaron la independencia y restauraron la libertad de un pueblo, no consiste en participar de vanas y aparatosas ceremonias, á menudo faltas de sinceridad y de entusiasmo cívico: el mejor homenaje en su honor resulta de la investigación de la verdad histórica relativa á su tiempo y á su actuación política, para vindicación de su memoria, cultivo de su inteligencia colectiva, y desarrollo y estímulo del esfuerzo personal propio, y para describir el ejemplo viril que en nuestra época debamos seguir en la vida ciudadana de la república».

El autor ha rendido este homenaje elevado de su espíritu, con el trabajo paciente y sereno de investigación histórica que ha condensado en un libro. Aún para los que dan, como él mismo, en doctrinas científicas y políticas que profesa abiertamente, tanta preponderancia al orden económico, el valor de las ideas y de los sentimientos, á veces coincidentes, á veces opuestos á los intereses económicos, se impone en el examen de los hechos. Despojarse de toda preocupación ó prejuicio para el examen de una época, y poner al servicio del interés de la verdad, todo el esfuerzo que representa la compulsa de documentos, de opiniones, de impresiones personales, de hechos, con el sólo estímulo de servir aquel interés, es obra que se acredita por sí sola, sin mayor encomio. Las páginas de la monografía del doctor del Valle Iberlucea, confirman con evidencia tal propósito. Sus materiales de investigación comienzan con las palabras de un eminente testigo presencial, y actor de aquellos sucesos; y sigue con la prensa de la época, en la cual escribieron los hombres más distinguidos; con las memorias y estudios históricos de opuesto origen que le precedieron, con los decretos y resoluciones oficiales; en las obras escritas en la época estudiada; con todos los documentos políticos; los «Diarios de sesiones», en una palabra, con cuanto material imponen á la vez la exactitud histórica y el método rigurosamente científico.

Siguen á la monografía, que ocupa 142 páginas del libro, un apéndice que contiene un detenido estudio titulado «Nuevo sistema económico de América», lección dada en la Facultad de filosofía y letras, y quince documentos ilustrativos, todos del mayor interés.

La obra del doctor del Valle Iberlucea ha sido justa y merecidamente bien recibida, y encontrado su primer

acogida en el volumen II de los «Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales».

Rodolfo RIVAROLA.

(De la revista *Atlántida*, Tomo VIII, Núm. 25, Buenos Aires, Noviembre 1912).

Un volumen in 8º de x-266 páginas, cuidadosamente impreso y encabezado con una dedicatoria á Rafael María de Labra, historiador de las Cortes de Cádiz, hijo ilustre de América é insigne demócrata de España. La obra consta de tres partes: la parte doctrinaria, el apéndice y documentos. La primera parte, precedida por una breve advertencia, consta de cuatro capítulos: Convocatoria de las Cortes; Debate americano sobre la validez de las Cortes; La reforma política de España y América en las Cortes; Actuación parlamentaria de los diputados de Buenos Aires. El apéndice se refiere al nuevo sistema de gobierno económico de América y son lecciones dadas en la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires. Los documentos constituyen quince artículos de carácter histórico y relacionados con las Cortes de Cádiz y hechos contemporáneos á ellas.

Este importante estudio precede á otro histórico que se propone publicar el autor: «La independencia de América»: I, Política americana de las Cortes de Cádiz; II, La Santa alianza y la independencia de América. La publicación aparece en el momento de conmemorarse el centenario de la reunión de las Cortes de 1810 y de la Constitución que promulgaron en 1812.

Descuidadas considerablemente y desconocidas casi por la mayoría de los historiadores del país, han sido las Cortes de Cádiz que motivan este valioso trabajo de del Valle Iberlucea, y en muy pocas obras se encontrarán

citas ó referencias que prueben que se ha utilizado de algún modo el material interesantísimo proporcionado por ellas y su influencia en el desenvolvimiento de la idea revolucionaria en América, así como la actuación de las diputaciones americanas. Por esto, la obra realizada por el autor tiene la virtud de descubrir un extenso campo inexplorado hasta ahora y del que podrán sacarse enseñanzas y juicios que han de sorprender sin duda. Todo el trabajo ha sido ejecutado con grande sinceridad y serenidad de juicio y presentado como una narración imparcial: la importante actuación de los diputados por Buenos Aires, López Lisperguer, Velasco y Rodrigo queda rigurosamente documentada en el capítulo IV de la primera parte, así como la de los restantes diputados americanos.

La diputación por Buenos Aires considera en las Cortes la actitud del gobernador de Montevideo Javier de Elío, entonces designado virrey del Río de la Plata y cuando éste declara la guerra á la Junta de Buenos Aires, presentan las renuncias de sus cargos por creer que resultaba inútil la representación de aquella provincia; las Cortes no aceptaron este criterio, y así la diputación por Buenos Aires pudo continuar con su actitud hostil al mariscal Elío, desmintiendo públicamente las afirmaciones inexactas de éste y pidiendo que tal desmentido figurase en los papeles de las Cortes.

La historia general de la República es demasiado reciente para que sea posible darla ya por hecha; por esto deben ser preocupación importante de los que se dedican á estos estudios, reunir el material documentario más numeroso, á fin de que los historiadores del futuro tengn poderosas fuentes de información, seria y fecunda. En tal sentido, la obra que comentamos adquiere otro relieve y merece ser aplaudida sin reservas.

N. BESIO MORENO.

— INDICE —

Advertencia.	Pág. 4
La Revolución de España y la Democracia de América	» 5

APÉNDICE.

Los Diputados de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz y el nuevo sistema de gobierno económico de América, por E. DEL VALLE IBERLUCEA. Buenos Aires, 1912. MARTIN GARCIA, editor.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

De El Diario Español , Juan Mas y Pi.	» 65
De La Nación .	» 72
De La Argentina .	» 76
De la Revista Argentina de Ciencias Políticas , Dr. Rodolfo Rivarola.	» 77
De la revista Atlántida , N. Besio Moreno.	» 80

Ayuntamiento de Madrid

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200028036

Ayuntamiento de Madrid